

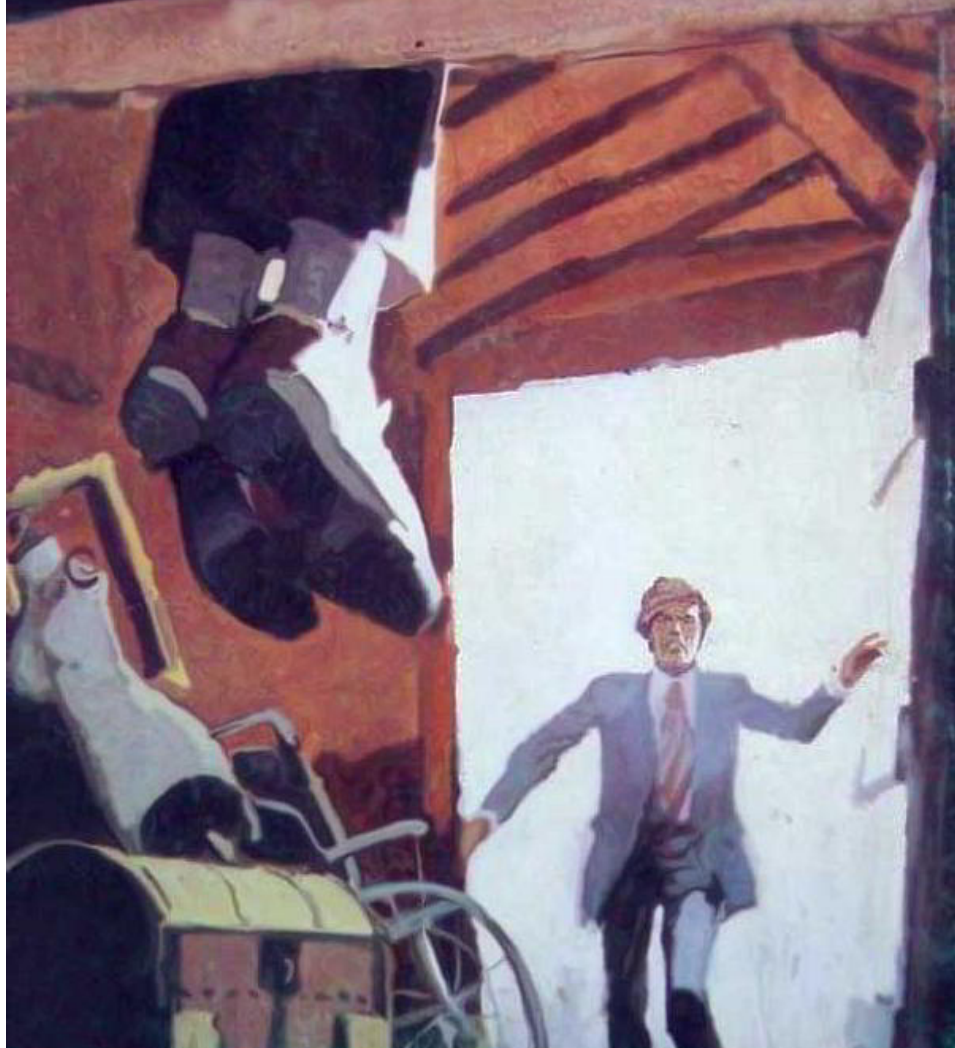
BOLSILIBROS
BRUGUERA

SERVICIO
SECRETO

Ss

LA PIEZA EN LA MADRIGUERA

*Lou
Carrigan*



La casa estaba en la periferia de la muy turística localidad francesa de Jean-les-Pins, pero no cerca de la playa, sino hacia el interior. Se hallaba rodeada de un descuidado jardín en el que predominaban los pinos, en las copas de los cuales se oía el nutrido gorjeo de los pájaros.

Frente a esta casa se detuvo el taxi, seguramente procedente de Antibes. Del taxi se apeó una muchacha, que pagó el importe del servicio, esperó a que el vehículo emprendiera el regreso, y se volvió entonces hacia la casa.

Unas viejas verjas de hierro forjado, abiertas, pretendían dar importancia a la casa, sin conseguirlo, pues era pequeña y discreta. En la columna de la derecha había una placa de latón en la que mucho tiempo atrás habían sido grabadas dos palabras: *Les Oisseaux*.



Lou Carrigan

La pieza en la madriguera

Bolsilibros - Servicio Secreto - 1644

ePub r1.0

Lds 16.02.19

Título original: *La pieza en la madriguera*

Lou Carrigan, 1982

Cubierta: Desilo

ePub modelo

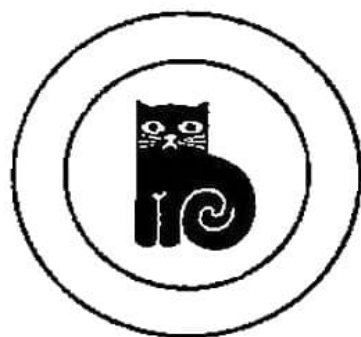
LDS

, basado en ePub base r1.2





**SERVICIO
SECRETO**



CAPÍTULO PRIMERO

La casa estaba en la periferia de la muy turística localidad francesa de Jean-les-Pins, pero no cerca de la playa, sino hacia el interior. Se hallaba rodeada de un descuidado jardín en el que predominaban los pinos, en las copas de los cuales se oía el nutrido gorjeo de los pájaros.

Frente a esta casa se detuvo el taxi, seguramente procedente de Antibes. Del taxi se apeó una muchacha, que pagó el importe del servicio, esperó a que el vehículo emprendiera el regreso, y se volvió entonces hacia la casa.

Unas viejas verjas de hierro forjado, abiertas, pretendían dar importancia a la casa, sin conseguirlo, pues era pequeña y discreta. En la columna de la derecha había una placa de latón en la que mucho tiempo atrás habían sido grabadas dos palabras: *Les Oiseaux*.

Es decir, Los Pájaros. Sí, el nombre encajaba bien en la casa. Aunque también habría encajado bien el de Les Pins, pues había muchos pinos. Pero sin duda, había muchos, muchísimos más pájaros. Sí, el nombre era acertado.

La muchacha era preciosa. Alta, escultural, vestida con discreta distinción. Sus largos cabellos negros reflejaban como contenidas llamaradas los rayos del sol de la tarde. Sus facciones eran bellísimas, sus ojos grandes y tan negros como sus cabellos. Su boca, bien dibujada, se alzaba un poco en el centro del labio superior, con una muequecita de lo más sugestiva y cariñosa.

Era un encanto.

Sin embargo, los ojos del hombre que la contemplaban no mostraban agrado alguno. Más bien mostraban hostilidad, o tal vez una cierta expectación. Pero nada de esto podía afectar a la

muchacha recién llegada, porque ella no veía al hombre. Ella no veía a nadie.

Así pues, se dirigió hacia la casa, a cuya puerta llamó, sonriendo, tras dejar la maleta en el suelo. Le gustaba el piar de tantos pajarillos, era evidente.

No contestó nadie a la llamada de la muchacha, de modo que ésta insistió. El resultado fue el mismo. La muchacha retrocedió unos cuantos pasos, miró hacia las ventanas de la planta baja, las del piso superior... La verdad era que no parecía que hubiese nadie en la casa.

Pero debía ser una muchacha muy terca, porque volvió al porche y se dispuso a pulsar nuevamente el timbre. Entonces fue cuando se percató de que la puerta estaba abierta. Es decir, ajustada al marco, no cerrada completamente.

La empujó un poco y escuchó. Dentro, el silencio era total. Empujó un poco más, asomó la cabeza y preguntó:

—¿No hay nadie? —Alzó más la voz—. ¿No hay nadie?

Silencio.

Terminó de empujar la puerta, entró en el vestíbulo... y se detuvo en seco. Se quedó mirando al hombre que yacía en el piso del vestíbulo, retorcido en grotesca y trágica postura. El hombre tenía los ojos abiertos, y dada su postura y su nivel parecía mirar los zapatos de alto tacón de la visitante.

Ésta se llevó una mano a la boca, ahogando una exclamación que podía haber sido de sorpresa, de sobresalto, de miedo... La mueca del hombre, la expresión de sus cristalizados ojos, no auguraba nada bueno.

Y, en efecto, cuando sobreponiéndose la muchacha se arrodilló junto al hombre, comprobó que estaba muerto. Tenía por lo menos tres o cuatro balazos en el pecho y la sangre formaba ya una seca, sólida costra oscura en la camisa.

—Dios mío —gimió la muchacha.

Se irguió vivamente, se puso en pie y pareció dispuesta a regresar corriendo hacia la puerta, pero todavía reunió valor para permanecer allí.

—Profesor —llamó—. ¡Profesor Moussard!

Silencio.

La muchacha llamó un par de veces más al tal profesor

Moussard. Luego, como atraída por una fuerza a la que no podía resistirse, se acercó a la puerta entreabierta que había a su derecha y que estaba mirando hacía algunos segundos.

Empujó la puerta y vio el reducido despacho. Frente a la puerta, estaba la ventana. Entre ambas, la mesa escritorio, con el sillón de espaldas a la ventana. En el sillón escritorio no había nadie.

Pero sí en el sillón de ruedas que se veía a la derecha de la ventana. El resplandor del sol iluminaba el rostro del hombre que ocupaba el sillón rodante. Un rostro con lentes que relucían de un modo siniestro. La cabeza del hombre estaba un poco ladeada, pero el cuerpo se mantenía erguido. Un cuerpo ya miserable antes de morir, víctima de la enfermedad. La muerte, sin embargo, no había sido producida por la enfermedad que había mantenido al hombre postrado en la silla de ruedas, sino por la tremenda cuchillada que había seccionado su garganta.

Se había desangrado por allí, copiosamente, y el espectáculo de la sangre seca sobre el pecho, las piernas del inválido y en el suelo, era horrendo.

La muchacha permanecía como clavada al suelo, mirando con expresión desorbitada el trágico espectáculo. Parecía incapaz de reaccionar, como fascinada en la contemplación del rostro del muerto; un rostro pálido, desencajado, de delicadas líneas y rematado por una frente amplia y una calva cabeza... Parecía un repugnante muñequito de cera. Digno de compasión, pero repugnante.

Por fin, la muchacha reaccionó. Por un momento pareció que fuese a marcharse, como poco antes en el vestíbulo. Luego, vio el teléfono sobre la mesa del despacho y se acercó. En el momento en que, tras dejar su bolso sobre la mesa, se disponía a descolgar el auricular, la voz sonó tras ella, seca, adusta, en francés con leve acento inglés:

—No toque ese teléfono.

La muchacha lanzó un agudo grito histérico y se volvió de un salto, llevándose las manos al pecho. Sus hermosos ojos negros quedaron desorbitados, fijos en el hombre que, en aquel momento, se dejaba ver, apareciendo de detrás de la puerta. En su diestra había una pistola provista de silenciador.

—No... no me mate —tartamudeó la muchacha—. ¡No diré

nada, no lo diré, no diré que le he visto...!

—Cierre la boca —gruñó el hombre—. La he visto llegar en el taxi, y nada habría pasado si usted no hubiera entrado. ¿Qué demonios ha venido a buscar aquí, quién es usted?

—Yo... yo-yo-yo soy... soy *Sonia Martel*... ¡Soy amiga del profesor! Oh, no... ¡*Dios mío, no, no lo soy...*! Qui... quie... ro... quiero decir...

El hombre, de pronto, sonrió.

—¿Qué le pasa? —preguntó con tono divertido—. ¿Cree que si me dice que es amiga suya la voy a matar?

—No... No señor... ¡Yo no sé nada, no he visto nada, le juro que no diré...!

—Bueno, ya está bien —gruñó el hombre—. ¿Acaso cree que he sido yo quien ha matado al profesor?

Ella no contestó. Se quedó mirándole fijamente, asustada a más no poder. El hombre soltó un gruñido y dijo:

—Sí, sí lo cree, ¿verdad? Pues no, no he sido yo... ¡Y me importa un huevo que lo crea o no! ¿Qué pensaba hacer con el teléfono?

—Bu-bueno, yo... yo iba a... a llamar...

—No me diga. ¿A quién? ¡Eso es lo que pregunto!

—¿A quién...? ¡Oh, pues a la policía, natural...! No, no, de verdad que no. En realidad yo...

yo-yo

no quería telefonar...

El hombre frunció el ceño, pero finalmente compuso una mueca que casi parecía amable. Guardó la pistola, tomó de un brazo a Sonia Martel y la llevó hacia la puerta.

—Salgamos de aquí —masculló—. Usted podrá razonar mejor en la salita que hay al otro lado del vestíbulo. Y tranquilícese, haga el favor; le aseguro que yo no soy un asesino. Cuando llegué ya estaban muertos los dos.

Pasaron junto al hombre tendido en el suelo del vestíbulo, entraron en una salita y el hombre llevó a Sonia hacia un sillón, donde la sentó entre amable e irónico.

—¿Quiere un *whisky*? Nos sentará bien a los dos.

Sonia Martel miraba desconcertada a su alrededor. Todo estaba revuelto, como si se hubiera realizado allí un registro brutal y

precipitado. Cuando volvió a mirar al hombre, éste encogió los hombros.

—Me crea o no, todo estaba así cuando llegué. ¿Es usted amiga del profesor Moussard? ¡Y no me venga con mentiras idiotas!

—Sí, soy... soy amiga suya... Bueno... Bueno, sí, amiga.

—¿Amiga u otra cosa?

—En realidad fui... fui discípula suya en... en París, en la Sorbona.

—Ah, ya. Bueno, ¿esto es definitivo? ¿Es amiga de él?

Había cierta guasa en la actitud del desconocido, el cual, bien mirado después de los primeros momentos de susto, tampoco parecía tan temible. O cuando menos, no resultaba aterrador, ni mucho menos. Podía ser temible a las malas, pero ahora que había tomado una actitud menos hostil, resultaba... agradable.

A decir verdad, muy agradable. Alto, de cabellos rubio oscuro, ojos grises, mentón agudo, boca fina y ondulada como en una sonrisa irónica, parecía ir transformándose ante los ojos de Sonia Martel en un simpático y mundano atleta que la había invitado a un *whisky*.

Y lo más tranquilizador de todo era que la pistola había desaparecido bajo la axila izquierda del atleta.

—Sí, le digo la verdad ahora —murmuró por fin Sonia—. Nos conocimos hace años en la Universidad de la Sorbona, cuando él daba allí clases de Historia. Yo fui su alumna..., y además simpatizamos mucho en lo personal. ¡Dios mío, está muerto, le han... le han...!

—Le han cortado el cuello —asintió el atleta—. Creo que no hay duda de que le sentará bien un *whisky*. Estuve echando un vistazo antes por aquí, y sé que está ahí.

Se acercó a un armario, lo abrió y sacó de él una botella y dos gruesos vasos, en los que escanció una prudente medida de *whisky*. Se acercó con ellos a Sonia.

—Si me promete que no va a hacer ninguna tontería iré a la cocina a ver si hay hielo —dijo.

—¿Una tontería? —se desconcertó ella—. ¿Cuál?

—Intentar escapar de aquí sin que charlemos un poco más.

—¿Quiere decir que vamos a estar... charlando y tomando un *whisky*... mientras hay dos hombres muertos en la casa?

El desconocido torció el gesto.

—Sé que no queda bien, pero le aseguro que esto es todo lo que podemos hacer por ahora. Llamar a la policía sólo complicaría las cosas. De veras.

—¿Por qué?

—¿Puedo ir a por los cubitos? —sonrió él levemente.

—Sí. No me moveré de aquí.

El asintió, y salió de la salita con los dos vasos. Sonia volvió a mirar alrededor. Lo habían dejado todo tan revuelto que era imposible que se tratase de algo casual, o de los desperfectos de una posible lucha. Lo habían registrado todo. Y muy meticulosamente. Lo que buscaban no debía ser de mucho tamaño.

El atleta regresó con los dos vasos ocupados ahora también por algunos cubitos de hielo. Puso uno en una mano de Sonia, se sentó cerca de ella en otro sillón y tomó un sorbo de *whisky*.

—¿Sabía el profesor Moussard que usted iba a venir a visitarle? —preguntó de pronto.

—No.

—La estuvo viendo a usted mientras se apeaba del taxi. Mi impresión es que sabía usted perfectamente adónde venía, quiero decir que conocía ya este lugar. ¿Es así?

—Sí. Estuve aquí hace dos veranos, invitada por el profesor.

—Pero él no le había invitado este verano.

—No. Ya le digo que no me esperaba. Pero a mí me gusta mucho la Costa Azul, y decidí volver de vacaciones. Había pensado pasar unos cuantos días en Cannes. Y de pronto recordé al profesor, y lo bien que lo había pasado con él, y en lugar de ir a Cannes decidí venir a visitarle. Si él me invitaba, bien; si no, me alojaría en cualquier hotel de Antibes, Cannes ya lo conozco, y bastante bien.

—Si he entendido bien, usted ha llegado hoy mismo a Cannes y ha venido directamente aquí.

—Sí. Llegué en avión, desde París. Y tomé un taxi en el aeropuerto.

—Un poco caro, ¿no?

—Estaba cansada. Tenía muchas ganas de descansar, de iniciar mis vacaciones.

—Eso lo entiendo —sonrió simpáticamente el atleta—. ¿A qué se dedica usted en París?

—No vivo en París. Trabajo en Londres, como secretaria y traductora triple en una empresa de discos.

—¿De discos de música? —Alzó él las cejas.

—Sí, claro.

—Debe ser divertido. ¿Traductora triple? ¿Qué significa eso exactamente?

—Que estoy al cargo de la correspondencia en tres idiomas.

—¿Quiere decir que domina usted tres idiomas?

—Cuatro, contando el francés. Inglés, italiano y español.

—Caramba. De todos modos, parece que hay una buena diferencia entre estudiar Historia con el profesor Moussard en la Sorbona y emplearse luego en una casa musical.

—He tenido la desdicha de comprobar que a la gente le interesa más la música de batería y los gritos que la Historia. Y tengo que vivir. De todos modos, estoy escribiendo un libro.

—¿De Historia?

—La Historia ya está escrita. Bueno, es... una fantasía sobre ciertos hechos históricos de la Edad Media en Francia.

—Caracoles... ¡Tal vez será un poco pornográfico!

—Tal vez —frunció el ceño Sonia.

—No se enfade —sonrió de nuevo el atleta—. Bien, tenemos entonces que usted toma sus vacaciones, va de Londres a París, de París a Cannes, y de Cannes, en taxi, a Jean-les-Pins, donde está la casa de su antiguo profesor y buen amigo. Y todo esto, sin avisarle, sin tan siquiera llamarle por teléfono. ¿Cuándo salió de Londres?

—Esta mañana.

—O sea, que no se ha detenido en París.

—Sólo para cambiar de avión, porque el vuelo que tomé en Londres era el que más me convenía para no perder... ¡Oiga, usted me está interrogando!

—Así es —admitió el atleta.

—¡Me gustaría saber con qué derecho!

—Quizá yo pertenezco, precisamente, a la policía francesa.

—Claro que no —rechazó Sonia—. Usted no puede ser de la policía francesa, porque es norteamericano.

—¡Ah! ¿Se me nota tanto?

—Bueno... Yo lo he notado, desde luego. Habla muy bien el francés, pero no lo es. Y me ha parecido que es yanqui.

—Yanqui. Sí, es cierto. Pero a pesar de no ser francés, yo sí tenía una cita con el profesor Moussard.

—No le creo.

—¿No? —se sorprendió él—. ¿Por qué?

—Porque el profesor no tiene... tenía amigos que van por ahí armados con pistolas.

—¿Y con cuchillos para degollar sí?

Sonia Martel parpadeó, se mordió los labios y bajó la mirada. Parecía, bastante más serena, pero no del todo tranquila. No debía ser suficiente que el desconocido fuese guapo y atlético, y ahora casi amable, para tranquilizarla completamente. El norteamericano la contemplaba con suma atención. Era preciosa, preciosa, preciosa... Y pasado ya el primer susto parecía tener muy buenos nervios. Quizá era simplemente que su inteligencia le permitía adaptarse a la realidad. Y la realidad era que el profesor Paul Moussard había sido degollado. No tenía vuelta de hoja.

En el momento en que parecía que el atleta iba a decir algo, Sonia Martel miró hacia la ventana de la salita. Por instinto él hizo lo mismo. Se quedaron los dos así un par de segundos. Luego, él se puso en pie y se acercó a la ventana, mirando hacia el exterior por un lado.

—Tiene usted un oído muy fino —murmuró—. Quédese donde está.

—¿Quién es? —preguntó ella.

—Si no me equivoco, es el cartero.

CAPÍTULO II

Desde la ventana, el atleta vio al hombre uniformado que se acercaba por el corto sendero a la casa, portando la bolsa de cuero en bandolera y con unos cuantos sobres en una mano. Cuando estuvo más cerca de la casa dejó de verlo. Supo que el hombre había llegado al porche. Durante cuatro o cinco segundos ni vio ni oyó nada. Luego volvió a ver al cartero, ahora de espaldas, alejándose. El hombre cruzó las verjas de hierro forjado y continuó su recorrido.

Eso fue todo.

El norteamericano salió de la salita y fue directo a la puerta de la casa. Reparó entonces en el cajetín que había adosado a ésta, comunicando con el exterior por una placa de latón oscilante. En el cajetín había varios sobres. Los tomó y regresó con ellos a la salita, donde comenzó a mirarlos con sumo interés, bajo la atenta mirada de Sonia Martel.

—¿Qué busca usted? —preguntó de pronto ella.

—Miro por si me parece que el profesor ha recibido alguna misiva importante.

—Usted no tiene derecho a hacer eso. Es la correspondencia de él, no la de usted.

—Ya. Bueno, ¿quién cree usted que tiene derecho a examinarla?

—No sé... Sus familiares. O en todo caso, debe ser devuelta al remitente.

—Es usted muy legalista.

—¿Usted no? —susurró Sonia.

El se quedó mirándola fijamente. Volvió a mirar los sobres. Miró de nuevo a Sonia tras unos segundos de reflexión, y dijo:

—Mire usted, señorita Martel, yo soy un espía, así que la

legalidad es una cosa muy relativa para mí.

—Oh, Dios mío... ¡Un espía!

Pe-pero

no... no comprendo...

Tranquilícese. Se me está ocurriendo que usted quizá pueda ayudarme en este asunto, así que aunque sólo fuese por eso no le haría el menor daño —sonrió—. Bueno, no se lo haría de ningún modo.

—Pero si es un espía...

—¿Qué demonios piensa usted que es un espía? —Gruñó él—. Vamos a dejar claras las cosas: me llamo Jason Allister, soy agente de, la CIA, y estoy aquí porque, como ya le he dicho antes, tenía una cita con el profesor Moussard. Llego y lo encuentro degollado. Eso es todo. ¡Y deje de mirarme como si todavía no estuviese convencida de que soy incapaz de hacer una cosa así! Una cosa es meterle un par de balas en el vientre a un sujeto que nos ataca, y otra cosa degollar a un anciano. ¿Lo entiende?

—Sí... Sí, señor.

—De acuerdo entonces.

—¿Pero no va a avisar usted a la policía?

Jason Allister hizo un gesto de resignación y volvió a sentarse.

—No, no voy a avisar a la policía, de momento. Y ello porque si interviene la policía van a embrollarlo todo con sus patatas de paquidermo. Éste no es un asunto para la policía, sino algo mucho más sutil, que requiere un tratamiento especial. El hecho de que haya hombres muertos en esta casa no significa nada determinante, urgente. Ya están muertos, ¿verdad? Pues ahora hay que seguir haciendo el trabajo.

—¿Qué trabajo?

—Ojalá lo supiera. Bueno, sé de qué va la cosa, pero no sé quién ha podido adelantarse a mi llegada.

—¿De qué va la cosa?

—De unos estudios del profesor Moussard para... ¡Oiga, no me haga preguntas!

—Usted me ha estado haciendo muchas a mí.

Jason Allister soltó un bufido y regresó de nuevo su atención a los cuatro sobres que tenía en las manos. Uno de ellos debía hacer tiempo que estaba en el buzón, o quizá retenido en Correos por

cualquier causa; la fecha del matasellos era de nueve días atrás. Pero contenía solamente publicidad editorial.

De los otros tres sobres, uno contenía una carta de una editorial de París en la que el director de ediciones históricas requería del profesor Moussard la terminación de determinado volumen que iba encajado en una serie histórica. El segundo sobre contenía una breve nota de una dama residente en Niza que enviaba a Paul Moussard invitación a una fiesta en su villa; en el dorso de la cartulina, escrito a mano, ponía: «Paul, no seas tan histórico y ven a disfrutar de la era contemporánea. Besos. Nené».

Sonriendo apretadamente, Jason rasgó el tercer sobre, que llevaba en el anverso el membrete de una entidad cultural. El contenido era un programa de actividades culturales, en el cual constaba la participación de Paul Moussard como conferenciante; la fecha de la conferencia era la del siete de agosto. Faltaban dos semanas.

—Nada interesante, según parece —dijo Jason.

—¿Qué esperaba usted encontrar?

—No sé. Bueno, nunca se sabe. Dice usted que era buena amiga del profesor, ¿no es cierto? Se me está ocurriendo que también en París le visitaría en su casa con cierta frecuencia.

—Así es. Dejé de hacerlo cuando me fui a trabajar a Londres, pero mientras viví en París nos veíamos con mucha frecuencia, incluso después de terminar yo mis estudios. Y algunos fines de semana iba a París y nos veíamos. Eramos muy buenos amigos.

—¿Conoció usted a otros amigos del profesor?

—Naturalmente. No sé qué habrá interpretado usted con lo de buenos amigos, señor Allister, pero lo cierto es que las más de las veces había otras personas en casa del profesor, charlábamos de todo un poco, tomábamos pernod...

—Reuniones intelectuales, ¿eh?

—Sí —alzó la barbilla Sonia.

—Bueno, cada uno se divierte a su manera. ¿Le suena el nombre de Nené como amigo o amiga del profesor?

—Nené... No. Oh, espere, quizá sí... Creo que puede ser Geneviève Beauville, una muy querida amiga del profesor. Sí, ahora recuerdo que él la llamaba Nené.

—¿Ella vive en París?

—Sí, claro.

—Pues ahora está en Niza. Debe ser una de esas damas muy ricas que tienen casa en varios sitios.

—¿Eso tiene algo de malo?

Jason Allister se encogió de hombros, se guardó en un bolsillo interior de la chaqueta la correspondencia de Paul Moussard y se sirvió un poco más de *whisky*.

—¿Conoce usted al otro hombre? —preguntó de pronto.

—¿Eh?

—Al que hay en el recibidor muerto a balazos. ¿Le conoce?

—No.

—¿Y al que hay en la cocina?

Sonia Martel respingó, pareció a punto de decir algo y permaneció callada. Bebió otro sorbito de *whisky*, como si le costase tragárselo. Jason Allister, que la contemplaba especulativamente, asintió con la cabeza.

—Sí, hay otro muerto en la cocina. ¿Quiere verlo?

—No... ¡No!

—En realidad, no vale la pena. Es un hombre de unos cincuenta años y lleva una chaquetilla que parece de uniforme. Interpreto que es el criado del profesor.

—El profesor nunca tuvo criados.

—Eso sería antes de quedar paralítico. Luego, no tuvo más remedio que contratar uno. Según mis noticias hace de eso unos cinco meses... ¿Desde cuándo no veía usted al profesor?

—Desde Navidad... No, fue por Año Nuevo. Y entonces él todavía estaba bien.

—Evidentemente, la parálisis le sobrevino después, así que contrató a un hombre que le sirviera. Es natural, ¿no? Lo que ya no me parece tan natural es que usted no acudiera a visitar a su maestro al enterarse de que había quedado paralizado. ¿O no se enteró?

—Sí, me enteré, pero... pero me dijeron... que él no quería ver a nadie. Los primeros dos meses estuvo en una clínica, y no hubo manera de que permitiesen visitarlo, desde luego por orden suya. Luego, cuando regresó a casa, no quiso tampoco recibir a nadie. Por fin, hace un mes y pico supe que se había venido aquí, y me dije que había llegado la ocasión.

—¿Qué ocasión?

—Pensé que aquí no podría negarse a recibirme, a ofrecerme su hospitalidad, y que así podría... estar unos días con él, y quizá... alegrarle un poco la vida.

—Eso es muy considerado y humanitario por su parte. Quien ya no me parece tan considerada es la dama llamada Nené. Aunque quizá ella no supiera que el profesor había quedado inválido.

—Claro que tenía que saberlo. Pero pienso que quizá preteriría decirme por qué piensa eso de Nené. No entiendo nada.

—Ella le invita a una fiesta en Niza.

—Ah. Bien, es posible que Nené también quiera animar un poco al profesor.

—Sí, es posible. ¿Cuántos amigos más de él conoce usted?

—No sé. A varios. A muchos. ¿Por qué?

—Sabe si hay alguno especial, ¿alguien en quien el profesor tuviera una confianza absoluta?

—¿Absoluta? No sé. Tendría que pensarlo. Aunque lo dudo. No era una persona que se entregase de un modo... completo.

—¿Ni siquiera a usted?

—¿Por qué a mí? —se sorprendió Sonia.

—Porque usted es preciosa, encantadora e inteligente.

Ella parpadeó. Luego, casi sonrió.

—Yo no era la única alumna o amiga particular del profesor con esas cualidades, señor Allister.

—Claro. Bueno, el hecho cierto es que quien está aquí es usted..., y que yo no pienso dejarla escapar.

—¿Dejarme escapar? —Respingó Sonia—. ¿Qué quiere decir con eso? ¡Yo no he hecho nada, y usted lo sabe! ¡Además, la CIA no tiene derecho a detener a una ciudadana francesa que...!

—Pare, pare, pare —movió las manos Jason Allister—. Usted no me ha interpretado, señorita Martel. Lo que he querido decir es que no pienso prescindir de la gran ayuda que usted puede prestarme. ¿Le molestaría a usted ayudar a la CIA?

—¿Quiere decir en este caso concreto, para descubrir al asesino del profesor?

—Exactamente.

—No, no me disgustaría en absoluto. Creí que usted pretendía detenerme...

—Venga conmigo. Le voy a explicar cómo creo yo que sucedieron las cosas, y luego estoy seguro de que llegaremos a un acuerdo personal. Por favor.

Sonia asintió, se puso en pie y salieron los dos de la salita. Jason Allister señaló al hombre que yacía en el vestíbulo.

—Éste es el hombre que degolló al profesor...

—¡Claro que no! —Respingó Sonia.

—¿Por qué no?

—Bu-bueno, si él... hizo eso..., ¿quién lo mató a él?

—Paciencia. Le diré cómo creo yo que ocurrieron los hechos, y luego podremos discutirlo. Veamos... Este sujeto, a quien vamos a llamar Degollador, viene a la casa. Llama y le abre el criado, posiblemente después de mucho insistir en la llamada. Como sea, el criado le abre, con toda seguridad, le dice o bien que el profesor no está o bien que de ninguna manera recibe visitas de nadie. Entonces, Degollador saca su pistola, le mete dos balazos en el corazón al criado y lo lleva arrastrando a la cocina, donde lo deja tendido como un guiñapo. Venga conmigo.

La tomó de una mano y la llevó por el pasillo que había a la izquierda hacia el fondo de la casa. La puerta de la cocina estaba abierta. Desde el umbral, Sonia Martel vio al hombre de la chaqueta tipo uniforme que yacía tendido cara al techo, con los ojos abiertos, crispadas las facciones lívidas. A la altura del corazón, sobre la blanca chaqueta, dos manchas de sangre que se habían juntado formaban ahora un ocho. La sangre ya estaba seca.

—Dios mío...

—Vea en el suelo las señales dejadas por los tacones de sus zapatos, y que indican que fue arrastrado hasta aquí ya muerto. Mientras tanto, seguramente, el profesor Moussard, desde su despacho, ha estado llamando al criado, o preguntando qué ocurre. En mi opinión no tuvo tiempo ni de salir del despacho, pues Degollador fue allá rápidamente. De modo que los dos quedan encerrados en el despacho, y entonces Degollador va directo al grano: le exige al profesor que le entregue el Plan...

—¿Qué Plan?

—El Plan —sonrió secamente Jason—. Un Plan del que quizá luego le diga algo más concreto. De momento lo llamaremos simplemente el Plan. Como decía, Degollador le exige al profesor el

Plan, pero el profesor se niega a entregárselo, o, más probablemente a juzgar por la reacción de Degollador, le dice que ya no lo tiene, que lo ha entregado a otra persona.

—¿Por qué supone usted eso?

—Ya verá. —Jason tiró de la mano de Sonia, que no había soltado, y llegaron de nuevo junto al cadáver de Degollador. Yo registré antes a este hombre y encontré su pistola con silenciador, que está en su funda axilar, y la navaja manchada de sangre envuelta en el pañuelo, que lleva en un bolsillo del pantalón...

—Pero si tiene, una pistola..., ¿por qué utilizó una navaja? ¡Es brutal!

—Con la pistola quitó limpia y rápidamente de en medio al criado, pero, para asustar al profesor, prefirió utilizar la navaja. Es más impresionante, ¿no le parece? Además, una pistola sugiere enseguida la muerte, y en cambio una navaja sugiere cosas menos definitivas, pero más dolorosas y espantosas. Por ejemplo, estoy seguro de que usted estaría más aterrada si yo la amenazase con vaciarle los ojos con una navaja que si le apuntara al pecho con una pistola. Piénselo. ¿Está de acuerdo?

—Creo... creo que sí —tartamudeó Sonia.

—Bien. ¿Quiere comprobar que Degollador tiene una pistola y una navaja, tal como yo he dicho?

—No... ¿Para qué? Si usted ya lo ha comprobado...

—No tiene por qué confiar en mí, señorita Martel.

—Bueno, eso era antes.

—Antes, ¿de qué?

—No sé, me... me parece que usted... no haría esta clase de cosas.

—Muchas gracias. Entonces, prosigamos —volvió a tomarla de la mano, y entraron en el despacho—. Como le decía, Degollador amenaza con la navaja al profesor después de cortar el hilo del teléfono, y cuando...

—¿El hilo del teléfono está cortado? —Respingó Sonia.

—Claro —sonrió amablemente Jason.

—¡Entonces yo no hubiese podido llamar a la policía! ¡Y usted me dijo...!

—Yo sólo quería saber hasta dónde quería usted llegar, y si sabía ya o no sabía que el hilo estaba cortado.

—¿Desconfiaba de mí! —Casi chilló Sonia.

—En mi trabajo, señorita Martel, es conveniente desconfiar hasta de la propia sombra.

—¿De verdad pensó que yo podía haber hecho todo esto, marcharme... y luego volver?

—Cosas más extrañas suceden.

—¿Usted está loco! ¡Esto no ha podido hacerlo una mujer!

—Huy, sí yo le contara cosas de mujeres —masculló medio en broma, medio en serio Jason—. Pero dejemos eso, ya hemos convenido que ni usted desconfía de mí ni yo de usted. Volvamos a nuestro amigo Degollador. El entra en el despacho, quizá en el momento en que el profesor, alarmado, está llamando por teléfono o se dispone a hacerlo. Rápidamente, Degollador saca la navaja, corta el hilo telefónico y, como ya tiene la navaja en la mano, decide seguir utilizándola. Conmina con ella al profesor Moussard para que le entregue el Plan... ¿Le parece a usted que el profesor era un hombre valiente?

—¿Valiente?

—Quiero decir si le supone capaz de enfrentarse a un hombre armado con un cuchillo y negarse a complacerlo.

—Pues no sé... Francamente, no lo sé, señor Allister. Las relaciones entre el profesor y yo no incluían situaciones... de esta clase. No lo sé, de verdad.

—Le haré otra pregunta respecto al profesor que quizá sí podrá usted responder: ¿podía él seguir deseando vivir después de su enfermedad, postrado para siempre en una silla de ruedas?

—Sí. Podría. Debía estar costándole un poco superar eso, pero podría. Habría tardado más o menos, pero su inteligencia estaba por encima de sus condiciones físicas.

—Admirable. Y una respuesta muy expresiva, gracias. Vamos a poner entonces al profesor en esa situación límite; va a ser acuchillado si no entrega el Plan a Degollador. Y lo cierto es que el profesor es degollado. ¿Conclusión?

—¿Qué?

—Le pregunto qué conclusión obtiene usted de esto.

—¿Yo? ¡Dios mío, apenas puedo seguirle y me está usted pidiendo conclusiones! ¡No se me ocurre nada!

Jason Allister se quedó mirándola fijamente. Su actitud visible,

externa, había cambiado con respecto a Sonia Martel, pero quedaba en el fondo de sus ojos un recelo bien contenido. Acabó por sonreír, sin embargo.

—Tiene usted razón —admitió amablemente—. La estoy forzando demasiado, y además, esto es cosa mía. Por otra parte, comprendo que esté ofuscada con la visión de ese pobre hombre degollado en su sillón rodante... Salgamos de aquí.

La tomó del brazo ahora y regresaron al vestíbulo.

CAPÍTULO III

Se detuvieron ambos cerca del cadáver de Degollador.

—La pregunta base, realmente, es si Degollador consiguió o no lo que buscaba, esto es, el Plan. Si no lo encontró, le mataron por nada. Si lo encontró, le hizo un favor a su asesino, al que llamaremos... ¿Cómo le parece que debemos llamarle?

—Pues Asesino..., ¿no?

—Claro. ¿Qué mejor nombre? Sigamos recomponiendo los hechos. Estábamos en que el profesor, o bien se niega a decirle a Degollador dónde tiene escondido el Plan, o bien le dice que ya no lo tiene él. Sea como sea, Degollador pierde la paciencia, comprende que no va a conseguir nada y mata al profesor. Acto seguido, se pone a buscar el Plan. Registra el despacho, la sala de estar, los dormitorios...

—¿Los ha registrado? ¿Ha comprobado usted eso?

—Sí. ¿Y sabe qué significa el hecho de que Degollador registrase también los dormitorios?

—No sé... ¿Qué significa?

—Pues que desistió de encontrar el Plan en el despacho y en la sala de estar. Pero fíjese bien en que realmente el registro no ha sido minucioso... ¿Y sabe por qué?

—¿Por qué?

—Porque en el fondo, Degollador estaba convencido de que el Plan ya no estaba en esta casa. Eso es lo que debió decirle el profesor, lo que enfureció a Degollador y le impulsó a matarle. Luego pensó que quizá el profesor le hubiese mentido, y se puso a buscar el Plan, por si había suerte. Pero no tuvo suerte, porque llegó Asesino y le mató a él.

—¿Asesino venía también en busca del Plan?

—Claro.

—Pero si el profesor ya no tenía el Plan en casa, tanto él, como su criado, como Degollador, murieron por nada.

—Exactamente. Y ahora sí que llegamos a la pregunta más interesante de todas: ¿a quién pudo entregarle el Plan el profesor Moussard?

—No tengo ni idea. Pero sí entiendo que debía entregárselo a usted, ¿no? Por eso lo citó aquí.

—Así es.

—Entonces, si quería entregárselo a usted, y sabía que usted iba a venir esta tarde, no podía haber entregado el Plan a nadie, debía estar reservándolo para entregárselo a usted.

—Ya he pensado en eso. Pero quizá el profesor temía algo y pensó que lo mejor era entregar el Plan a una persona de su confianza, y simplemente decirme a mí quién era esa persona cuando lo visitara. Era un modo más seguro de hacer llegar el Plan a mis manos que retenerlo aquí. Señorita Martel: ¿no será usted esa persona de confianza del profesor Moussard, y por tanto tiene el Plan?

—No. De verdad: no. Lo siento.

—Entonces, evidentemente, hay otra persona que gozaba de más confianza que usted por parte del profesor. ¿No se le ocurre a usted quién pueda ser esa persona?

—Por el momento, no.

—¿Nené tal vez? ¿Podría ser esa invitación una contraseña que indicara que Nené tiene a salvo el Plan y se lo comunica así al profesor?

—Podría ser, pero yo no lo sé, señor Allister¹.

—¿Nené la conoce a usted?

—Naturalmente.

—Y la conocen otros muchos amigos del profesor.

—Muchos, sí.

—Y ellos saben que ustedes se apreciaban mucho y que él confiaba en usted.

—Claro que lo saben.

—¿Cree que podría usted estrujar un poco su memoria, pensar en quién tía podido recibir el Plan?

—Con calma y en un sitio menos... angustiante que éste,

supongo que sí.

—Me ha dicho *usted que* no tiene hotel en Antibes..., ni en parte alguna, que *acaba de llegar de París*.

—Así es.

—Bueno, creo que podré resolverle satisfactoriamente ese pequeño problema, a cambio de su ayuda. Es decir, si no se niega usted a ayudarme.

—A mí me parece que usted ha supuesto demasiadas cosas, señor Allister, y dudo mucho serle de utilidad, pero si fuese así me gustaría mucho. Además, lo que tengo que hacer yo es bien poco.

—Pero podría dar grandes resultados. ¿Acepta, entonces?

—Sí, sí.

—En ese caso, ya no tenemos nada que hacer aquí. Tengo el coche no muy lejos de esta casa.

—¿Quiere decir que *vamos a marcharnos* de aquí... dejando las cosas como están, el profesor degollado, los otros dos hombres muertos...?

—Sí, eso vamos a hacer.

—¡Es inhumano hacer una cosa así!

Jason frunció el ceño, asintió y masculló:

—Tiene usted razón, es inhumano. Pero no podemos hacer otra cosa, de momento. Meter a la policía en esto sería complicarlo todo tanto que los resultados, buenos o malos, se retrasarían muchísimo. No crea que a mí me gusta hacer una cosa así, pero no podemos hacer otra cosa. Además, estoy seguro de que el profesor Moussard sería el primero en decir que ante todo nos ocupásemos de conseguir el Plan para las manos a quien él lo destinó.

—¿Qué manos?

—La CIA, por supuesto.

—¿Y por qué la CIA? El profesor era francés..., y en Francia también tenemos servicio secreto, señor Allister.

—Lo sé —casi rió Jason—. Pero ocurre que Francia no puede hacer tanto como Estados Unidos en este asunto, así que el Plan tenía que circular a través de la CIA.

—Me gustaría saber de qué trata ese Plan.

Jason Allister titubeó de modo tan visible que. Sonia no pudo dejar de notarlo, y se quedó mirándole expectante. Por fin, el espía americano movió negativamente la cabeza.

—Yo no puedo decírselo..., no *debo* decírselo. Pero quizá se lo diga la persona en cuya casa va usted a alojarse.

—¿Qué persona es ésa?

—Casi pregunta usted más que yo —frunció de nuevo el ceño Jason—. Será mejor que nos larguemos de aquí antes de que surjan nuevos contratiempos en esta casa. A decir verdad, me sorprende mucho que nadie me haya molestado desde que llegué.

—Yo le he molestado.

—No compliquemos más las cosas. Oh, los vasos y la botella de *whisky*... Un momento.

Poco después, Jason Allister, tras dejar en su sitio la botella de *whisky* limpia de huellas dactilares, lavaba los vasos utilizados por él y Sonia y los dejaba también en su sitio, cuidando muy bien de no volver a dejar huellas en ellos.

Cuando salieron de la casa comenzaba a anochecer. La maleta de Sonia Martel continuaba en el pequeño porche. Los pajarillos ya no se oían: habían terminado de encontrar su acomodo en las ramas de los pinos y seguramente dormían ya. En el cielo, hacia el Oeste, quedaba como una agónica luz rojo morada.

Desde la puerta de la casa, Jason Allister estuvo mirando a todos lados, aunque con gesto y expresión muy tranquilos, como casualmente. Soltó un gruñido.

—¿Qué demonios espero ver? Si están por aquí no se van a poner ante mis narices. Vamos al coche... Permítame.

Tomó la maleta de Sonia, que inició una protesta, pero desistió en seguida. Salieron del jardín, caminaron por la avenida hacia la izquierda y luego siguieron la curva. El coche estaba a unos doscientos cincuenta metros de la casa del profesor Moussard y llegaron a él sin tropiezo alguno. Cuando ya estuvo ante el volante, con Sonia sentada a su lado, Jason movió la cabeza.

—No me gusta esto... ¡No me gusta!

Ella le miró, muy abiertos los ojos, pero no dijo nada. Jason encendió el motor y arrancó. En seguida comenzó a mirar por el espejo retrovisor. Se dio cuenta de que Sonia se disponía a volverse en el asiento y exclamó.

—¡No se vuelva!

—Como está usted mirando atrás pensé...

—No piense —gruñó—. No haga nada.

—Está bien... ¿Adónde vamos?

—A Niza.

—¿A Niza? ¿La casa de Nené?

—Claro que no. Estaremos cerca, y quizá convenga que le hagamos una visita esta misma noche, o mañana..., pero no vamos a su casa, estará usted muy bien con Smith.

—¿Quién es Smith?

—¡Demonios, deje de hacerme preguntas!

Ella frunció la boca en un gesto de enfado, y eso fue todo. Jason la miró de reojo, sonrió y encogió los hombros. Volvió a mirar por el retrovisor..., y lanzó una maldición ahogada.

—¿Qué pasa? —Se sobresaltó Sonia.

—Nos están siguiendo... ¡No se vuelva, jolines! Lo que tiene que hacer es encogerse en el asiento.

—¿Encogerme?

—Deslícese hacia delante. Para que lo entienda, señorita Martel: si nos disparan, será mejor que no esté usted en la línea de tiro de los cristales, sino protegida por la carrocería. ¿Lo entiende ahora?

—Oh, Dios mío.

—Me parece una tontería preguntárselo, pero... ¿sabe usted conducir?

—Claro que sé.

—Pues póngase al volante. Vamos, agárrelo.

Jason colocó la palanca del cambio de marchas en punto muerto, tomó la mano izquierda de Sonia y la puso sobre el volante. Acto seguido, sin más, comenzó a pasar ágilmente al asiento de atrás, el coche describió una violenta doble S en la calzada. Sonia lanzó un grito de espanto, se apresuró a desplazarse al asiento dejado vacante por Jason y asió el volante fuertemente con ambas manos, fija la desorbitada mirada hacia delante, controlando de nuevo el vehículo.

Tras ella, Jason rió quedamente.

—Ponga directamente la tercera y siga a velocidad moderada. ¡Y no se mantenga tan erguida en el asiento!

Sonia se deslizó hacia delante. A la derecha estaba la carretera que conducía a Antibes, cuyas luces se veían perfectamente. También se veían las luces de los faros de numerosos coches circulando en ambas direcciones. Jason Allister había sacado la

pistola y estaba bajando el cristal de la ventanilla trasera izquierda. Sonia vio esto por el retrovisor y metió el pie en el freno.

—¿Qué hace? —gritó Jason—. ¡Siga adelante!

—Pero...

—¡Que siga adelante! ¡Los tenemos ahí mismo!

Ella miró por fin el retrovisor y vio los dos puntos luminosos del otro coche, que se mantenía a cierta distancia. Tocó el pedal del freno, respingó, y volvió a dar gas... Se hizo un lío con los pies, y el coche empezó a dar saltos, frenando y siguiendo la marcha.

—¡Pero qué demonios está haciendo! —aulló Jason—, ¡deje de tocar el freno y siga adelante!

Finalmente, Sonia Martel consiguió serenarse lo suficiente para mantener un ritmo en la marcha del coche, sin dejar de mirar hacia atrás por el retrovisor. Jason Allister se asomó por la ventanilla y disparó. Los disparos chascaron suavemente, apenas audibles. El otro coche efectuó una larga S, pero sin perder terreno.

Por el retrovisor siempre, Sonia Martel vio los dos rojos puntos de fuego en un lado del vehículo que llevaban detrás, y simultáneamente percibió la vibración en la carrocería del coche que conducía. Tras ella, Jason lanzó una maldición y volvió a disparar.

El otro coche, que había ido ganando terreno, comenzó a describir una apretada línea ondulada, rechinando sus neumáticos en el asfalto, lanzando las luces a todos lados. Parecía que fuese a permanecer en la carretera, pero, de pronto, se salió de ésta, y fue a impactar, de frente, contra un grueso pino. Uno de los faros se apagó. Del coche salieron rápidamente tres hombres, tres siluetas altas y atléticas en el anochecer, de las cuales comenzaron a brotar pequeños puntos rojos...

Detrás de Sonia, Jason soltó una carcajada.

—¡Ahí os quedáis, tíos listos! —exclamó satisfecho.

Metió la pistola en la funda axilar, pasó a sentarse junto a Sonia, que seguía conduciendo con los ojos muy abiertos, y tras mirarla amablemente, encendió dos cigarrillos y le ofreció uno.

—Tranquilícese, ya no pueden perseguirnos. Le han dado un beso a un pino con el coche. ¡Y han tenido suerte!

—¿Quiénes... quiénes eran?

—No lo sé seguro, pero presumo que amigos de Degollador. Han

debido estar cerca de la casa en todo momento.

—¿Quiere decir que sabían que nosotros estábamos allí dentro y no nos han atacado?

—Exactamente. O quizá no lo sabían..., quizá fueron en busca de Degollador al ver que tardaba tanto y se limitaron a esperar fuera de la casa alguna señal por parte de su amigo. Seguramente no habrían tardado mucho en entrar... y entonces sí que nos habrían cazado. Lo ha hecho usted muy bien, señorita Martel.

—Creí que iba a morir de miedo.

—Bueno, ya pasó. Ahora tranquilícese y piense solamente que éstas son unas vacaciones diferentes a las que acostumbra.

—¡Dios mío, y tan diferentes! —exclamó Sonia, haciendo reír a Jason—. ¡Tengo la impresión de estar soñando!

—La comprendo. ¿Quiere que conduzca yo?

—No, no, es igual. Creo que prefiero conducir a no hacer nada... En cuanto a esos hombres, ¿cree usted que querían matarnos?

—No tan deprisa. En principio imagino que querían saber adónde íbamos, y luego se habrían ocupado debidamente de nosotros. Por suerte para nosotros no eran muy hábiles.

—Pero debían ser asesinos..., como Degollador. ¡O quizá no eran amigos de Degollador, sino de Asesino!

—Ni soñarlo. Asesino se largó en cuanto mató a Degollador, naturalmente. Si se hubiera quedado en la casa yo me habría topado con él.

—¡Y le habría matado!

—Sólo si me hubiera visto obligado.

—No, no... No usted a él, sino él a usted... ¡Es un asesino, le habría matado!

Jason volvió la cabeza y se quedó mirando hoscamente a Sonia. Masculló algo y se dedicó a fumar, presa de evidente malhumor. Durante un par de minutos ambos permanecieron en silencio, hasta que Sonia, que evidentemente no dejaba de darle vueltas al asunto, preguntó:

—Pero... ¿quiénes son unos y otros? Usted es de la CIA, de acuerdo, la verdad es que ahora sí le creo. Pero... ¿quiénes son ellos?

—Yo diría que es evidente que hay dos bandos en lucha, señorita Martel. Uno de ellos es el bando que envió a Degollador y

el otro es el que envió a Asesino. Pero si va a preguntarme contra quién o quiénes estoy luchando, le diré que no tengo la menor idea.

—Pero todos quieren el Plan.

—Sí... Evidentemente, sí. Lo desean tanto que como ha podido comprobar, no vacilan en matar para conseguirlo. Y eso no lo entiendo, porque el Plan es benefactor.

—¿Benefactor? ¡No comprendo!

—Su pobre amigo, el profesor Moussard, ideó un plan que estaba destinado a conseguir beneficios para determinadas personas, e incluso para la humanidad, si nosotros no estamos mal informados por él mismo. Me parece lógico que determinados grupos u organismos rivalicen en conseguir un plan benefactor, para luego de haber sido ellos quienes lo han ofrecido al mundo..., pero una cosa no encaja con otra, ¿verdad?: si son personas buenas, no tiene sentido que vayan por ahí matando gente.

—No —murmuró Sonia Martel—. No tiene sentido, es cierto. Resulta absurdo que unas personas estén matando a otras para conseguir algo con lo que hacer el bien.

—Exacto: absurdo. ¡Ésa es la palabra: absurdo! Bueno, quizá Smith pueda aclarar un poco nuestras ideas... Cuando estemos cerca de Niza yo tomaré el volante; será más práctico que ir dándole indicaciones todo el tiempo para llegar a donde está Smith.

—¡Estoy deseando conocer a Smith!

—¿Por qué? —se sorprendió Jason.

—Oh, bueno, pienso que debe ser un hombre... extraño. ¿No?

—¡Qué ocurrencia! —rió Jason—. ¡Le aseguro que Smith no tiene nada de extraño!

CAPÍTULO IV

Resultó cierto: Smith no tenía nada de extraño.

Era simplemente un hombre, normal y corriente. Bien, quizá no demasiado corriente en lo físico, pero simplemente un hombre. Un hombre rubio, grueso, que medía casi dos metros de estatura y que tenía unas manos enormes, una de las cuales tendió a la impresionada Sonia Martel.

—Bueno, señorita Martel, Jason me lo ha explicado todo —le estrechó cuidadosamente la mano, como si temiera dañarla—. Le estamos todos muy agradecidos por su colaboración. ¿Tiene usted apetito?

—¿Qué? —Se pasmó Sonia.

—¡Ni usted ni Jason han cenado! —rió Smith.

—La verdad es que ni he pensado en ello, señor Smith.

—Nada de «señor». En esta casa, yo soy Smith, a secas... Cenaremos dentro de unos minutos. Mientras tanto, quizá le gustaría que conversáramos un poco. ¿Le apetece un aperitivo?

La personalidad de Smith era arrolladora. No sólo era alto y fuerte, sino atractivo pese a su relativa gordura. Sus ojos azules miraban dulcemente a Sonia Martel, la cual, sin embargo, no pudo dejar de percibir la inteligencia y la energía que palpitaban bajo la dulzura. Smith debía tener unos cuarenta años, estaba en todo el apogeo de un hombre rebosante de vitalidad e inteligencia. No era extraño, pero sí le pareció a Sonia que resultaba, cuando menos, fascinante.

Sí, fascinante y arrollador.

—No sé si debo tomar el aperitivo —murmuró Sonia—. Incluso me parece que me portaré mal cenando.

—¿Por qué? —se sorprendió Smith.

También Jason Allister la miró sorprendido. Estaban los tres en la pequeña salita de la villa donde Sonia había estado esperando mientras Jason iba en busca de Smith. La villa no estaba propiamente en Niza, sino en Moyenne Corniche, apenas a un kilómetro de la ciudad. Habían llegado ya completamente de noche, pese a lo cual Sonia no pudo dejar de ver algunos hombres paseando por el jardín, que rodeaba la gran casa y que a su vez estaba protegido por verjas, que aquí sí estaban justificadas.

Dentro de la casa había visto más hombres, todos ellos muy correctamente vestidos, yendo de un lado a otro. En un par de aquellos hombres Sonia creyó percibir el bulto de una pistola bajo la axila izquierda, y a uno de ellos llegó incluso a verle los atalajes. Todos la miraron con simpático desconcierto, que se disipaba cuando Jason les hacía una seña. Parecía que había actividad en la casa, pero Sonia no pudo comprender qué clase de actividad.

Sonia había quedado como ensimismada, y Jason, que se había sentado junto a ella en el coquetón sofá para dos, le tocó una mano.

—Sonia..., ¿se encuentra bien?

Ella le miró y tragó saliva. Jason y Smith cambiaron una mirada y el primero frunció el ceño.

—Me parece que he sido un bruto —gruñó—. Es lógico que una vez ha pasado todo, Sonia se encuentre asustada y hasta indispuesta: no debe ver cadáveres todos los días, ni deben tirotearla. Sonia, lo siento, he sido un...

—No, no —murmuró ella—. Estoy bien. Bueno, no muy bien, pero... lo suficiente. Quiero decir... ¡Dios mío, me parece horrible disponerme a tomar un aperitivo mientras el profesor está... está degollado y abandonado como... como si fuese un perro! ¡Y había dos hombres muertos más, y... y...!

Smith le hizo una seña a Jason y salió rápidamente de la salita. Jason se acercó más a Sonia y la abrazó por los hombros.

—Vamos, vamos, cálmese... Ya le dije que de momento no podemos hacer otra cosa, por lamentable que sea esta decisión. Creo que lo mejor será que piense usted que su profesor murió haciendo algo hermoso por la humanidad... Francamente, me gustaría que de mí se pudiese decir lo mismo cuando me llegue la hora.

Ella se quedó mirándole, con ojos llorosos. Jason sonrió, le dio

un amable cachetito y, como ella continuaba mirándole fijamente, pareció no saber qué más hacer. La sonrisa se borró de su rostro. Ella era tan hermosa... Jason Allister pasó la mano hacia la nuca de Sonia Martel, la atrajo y la besó suavemente en los labios. Ella no se movió, solamente suspiró. Jason le tomó ahora el rostro con ambas manos y volvió a besarla. Notó esta vez la cálida respuesta, un tanto indecisa, quizá. Jason volvió a besarla, y cuando la miró a los ojos ella comenzaba a sonreír.

—Eso está mejor —sonrió él también—. Vamos, tranquilízate. Lo que ocurrió ya no tiene remedio. En cuanto a ti, nada va a ocurrirte mientras estés conmigo.

—Hubiese preferido conocerte... en otras circunstancias.

—Lo mismo pienso yo —asintió Jason—. Pero lo importante es que nos hemos conocido, Sonia.

—Sí —susurró ella—. Eso es lo importante.

Ahora fue ella quien le besó a él, suavemente, hundiendo sus tiernos labios en la fina y dura boca de Allister..., que sintió un estremecimiento cálido en todo el cuerpo.

Smith reapareció justo cuando ella comenzaba a separarse. Por un instante, el ceño de Smith se frunció, pero en seguida esbozó una sonrisita que intentó disimular. Llevaba un plato con un vaso; en el plato también había una píldora, que señaló.

—Tómese esto, señorita Martel. La tranquilizará.

—Oh, no es necesario, ya... ya me encuentro... mucho mejor. Jason ha dicho... algo que me ha consolado mucho.

—¿Sí? ¿Qué es ello?

—Que el profesor murió haciendo algo hermoso por la humanidad.

—Sin la menor duda —aprobó Smith—. Es decir, ésas eran sus intenciones, al menos. ¿De verdad no quiere tomar esto?

—No, no —una mano de Sonia se deslizó en busca de la de Jason—. Estoy bien, de verdad. Y me gustaría saber qué es eso del Plan de mi profesor.

—Usted sabe, sin duda, que en estos momentos los israelitas y los palestinos se están matando en un enfrentamiento más o menos centralizado en el sur del Líbano.

—Sí... Sí, lo he leído y he visto reportajes en televisión.

—Muy bien. El Plan del profesor Moussard soluciona ese

conflicto que puede ir agravándose día a día.

Sonia Martel quedó desconcertada... y hasta como decepcionada.

—¿Eso es todo? —murmuró—. Bueno, quiero decir que no me parece nada... excepcional. Según parece hay ya muchos intermediarios intentando solucionar ese conflicto, y hasta parece ser que los Estados Unidos van a enviar a una persona muy especial que puede conseguir muy pronto el alto el fuego y acto seguido conversaciones para la paz que...

—Todo eso, lo sabemos, naturalmente —asintió Smith—. Pero no son más que apaños, señorita Martel. Chapuzas. Quizá durante un tiempo todo se mantuviera en calma, pero las cosas volverían a complicarse más pronto o más tarde, y de nuevo habría enfrentamientos sangrientos. En cambio, el Plan del profesor Moussard es definitivo.

—¿Un plan que arreglaría felizmente y definitivamente la cuestión entre palestinos y los israelitas?

—Exacto.

—¡Pero eso sería... sería maravilloso!

—Sin la menor duda. Por eso, la CIA quiere conseguir ese Plan, para encauzarlo debidamente. Mientras tanto, ya ha comprobado usted que hay otras personas que pretenden conseguir también el Plan. No tenemos nada que oponer a que ese Plan sea llevado a la práctica, así que, aunque nos gustaría ser nosotros quienes lo presentáramos al mundo, dejaríamos que lo hicieran otras personas si así conviniera. Sin embargo, esas otras personas no merecen nuestra confianza, nos tememos que estén tras el Plan por motivos muy diferentes a los nuestros.

—¿Quiere usted decir... que hay gente que quiere conseguir el Plan... para impedir que se lleve a cabo? ¿Qué hay gente que desea que siga el enfrentamiento entre palestinos e israelitas?

—Bueno, nos tememos que sí. Indudablemente, el profesor Moussard sabía esto, y por eso recurrió a la CIA. Pero ya sabe usted lo que ha pasado... Y ahora parece que sólo la tenemos a usted como única esperanza para intentar seguir el rastro al Plan. Dice Jason que usted puede facilitarnos los nombres de personas que tal vez hayan merecido toda la confianza del profesor.

—Sí... Sí. ¡Y lo voy a hacer con mucho gusto, lo voy a hacer en

seguida si puedo...!

—Bueno, tranquila —rió Smith—. Créame, acepte los hechos, serénese, tome un aperitivo, cene, descanse un poco..., y si dentro de un par de horas se encuentra realmente bien, comenzaremos a trabajar. ¿De acuerdo?

—Quizá tenga que hacer algunas llamadas telefónicas a París —reflexionó Sonia—. Conozco a todos los viejos amigos del profesor, pero es posible que en el tiempo que dejé de frecuentarlo él haya adquirido nuevas amistades.

Jason y Smith se quedaron mirándola expectantes.

—¿Qué quieres decir? —murmuró Jason.

—Yo no sabía que el profesor andaba metido en cosas como esa del Plan... Bueno, se me ha ocurrido que es posible que últimamente se haya relacionado con personas... diferentes a las que antes solía tratar, y en ese caso yo no sabría quiénes son esas personas.

—Maldita sea —masculló Smith.

Jason Allister también torció el gesto.

—¿Crees que alguno de nuestros amigos comunes que haya seguido relacionándose con él podría decirte cuáles con esas nuevas amistades, Sonia?

—Puedo intentarlo... Alguno de mis amigos de París sabrá algo, espero.

—Es usted una muchacha inteligente —elogió Smith—. Por supuesto puede llamar a sus amigos de París cuantas veces guste.

—Y al final quizá no sirva de nada —se desanimó Sonia—. ¿Y si el Plan continuara escondido en la casa?

—No —negó rápidamente Jason—. Si así hubiera sido el profesor se lo habría dicho a Degollador. Hay métodos de interrogatorio que un hombre como Paul Moussard no puede resistir, te lo aseguro. El ya se había deshecho del Plan, se lo dijo a Degollador y éste se enfureció y lo mató por ello. Luego, como última esperanza, buscó el Plan... No, no está en la casa.

—De todos modos —dijo Smith—, ya he enviado allá a dos de nuestros compañeros. No a la casa, sino a vigilarla desde fuera.

—¿Para qué? —se sorprendió Sonia.

Smith sonrió, como disculpando amablemente la tontería femenina.

—Jason dejó a pie a los hombres que les perseguían a ustedes dos, pero ellos se las arreglarán para poner de nuevo en servicio el coche. Y entonces, tendrán que volver a la casa, aunque sólo sea para ver qué le ocurrió a su compañero, al que llamamos Degollador. Si hacen eso, si lo recogen y se lo llevan, nuestros compañeros los seguirían, y quizá lleguemos a saber adónde van y con quién se relacionan... Cuando menos, sabremos a quiénes nos estamos enfrentando, y hasta es posible que eso nos ayude a conseguir alguna pista.

—Pero básicamente confiamos en ti, Sonia... —dijo Jason.

—Haré lo que pueda. Y lo que yo no sepa quizá lo sepa uno de los más íntimos amigos del profesor, *monsieur* Dubois.

* * *

Hacia la una de la madrugada, Sonia Martel había confeccionado una lista de catorce personas que, según dijo, gozaban de la confianza del profesor Paul Moussard. Smith y Jason se mostraron satisfechos, a pesar de que de esas catorce personas cinco de ellas residían fuera de París. Y una de las que residía en París, Geneviève Beauville, a la que llamaban Nené, estaba en Niza.

—Podríamos empezar por esta dama —dijo Smith—. La tenemos aquí mismo.

—¿No sería mejor que antes llamase a París? —propuso Sonia—. Quizá *monsieur* Dubois pueda decirme algo que resulte más interesante que mi lista.

—Muy bien. Llame, Sonia, por favor. ¿No está cansada?

—Sí —sonrió la muchacha—, pero puedo descansar después de llamar a *monsieur* Dubois.

Un minuto más tarde, Sonia efectuaba la llamada automática a París. El teléfono requerido no contestaba. Llamó media hora más tarde, con el mismo resultado. Jason y Smith miraban a la muchacha con expresión entre hosca y preocupada.

—Algo está ocurriendo con ese *monsieur* Dubois —masculló Smith—. ¡Tal vez se nos hayan adelantado y esté...!

No dijo nada más. Sonia le miraba con los ojos muy abiertos.

—¿Muerto? —preguntó con voz aguda.

Smith desvió la mirada. Jason hizo lo mismo y encendió un

cigarrillo.

Otra media hora más tarde, cerca de las dos y media de la madrugada, Sonia Martel volvió a llamar a *monsieur* Dubois. Esta vez, se produjo respuesta, casi inmediatamente, además.

—¿...?

Sonia ahogó un gritito de alegría.

—¿*Monsieur* Dubois? ¿Cómo está? Soy Sonia... Sonia Martel. Le estoy llamando desde Niza.

Jason Allister y Smith escucharon en silencio la conversación entre Sonia y *monsieur* Dubois. Cuando Sonia colgó el teléfono les miró como disculpándose.

—Lo siento —murmuró—. He hecho lo que he podido. Francamente, creí que sería más sencillo.

—No ha estado nada mal —le sonrió Jason—. Nosotros no somos tan cándidos como tú, así que nos damos por satisfechos: nos parece suficiente que *monsieur* Dubois se haya ofrecido a hacer esas averiguaciones por la mañana si le es posible. Lo seguro, según hemos entendido, es que por la tarde, cuando le llames, podrá decirte algo respecto a esas nuevas amistades de Paul Moussard.

—Todo un día sin poder hacer nada —se lamentó Smith; pero se resignó en el acto—. Bueno, de todos modos, no tenemos otra cosa. El señor Dubois y la casa del profesor en Jean-les-Pins es todo lo que tenemos por ahora. Será mejor que acompañes a Sonia a uno de los dormitorios, Jason. Y asegúrate de que tiene todo cuanto necesita.

—No necesito gran cosa —sonrió Sonia—. ¡Me conformo con una buena cama!

Los dos hombres rieron Jason tomó del brazo a Sonia y salieron de la sala donde habían estado trabajando y llamando por teléfono. Afuera esperaban dos hombres, altos, jóvenes, fuertes, bien vestidos y afeitados; parecía como si estuviesen en unas elegantes oficinas a las once de la mañana.

—¿Podemos ahora hablar con Smith, Jason? —preguntó uno de ellos.

—Sí, pasad. De momento hemos terminado.

Los dos hombres entraron en la salita, mientras Sonia y Jason subían por la amplia escalinata hacia el piso de la villa destinado a dormitorios.

—¿No descansáis nunca? —preguntó Sonia.

—Cuando podemos —encogió los hombros Jason—. Nosotros no estamos en Niza de vacaciones, Sonia. Cuando nos instalamos en un sitio es para trabajar duramente.

—¿Quieres decir que vivís aquí?

—No. Simplemente, hemos instalado una estación volante.

—¿Una estación? ¿Qué significa eso?

—Bueno, nosotros la llamamos Station. Es un lugar que elegimos como centro coordinador en la zona en la que nos disponemos a trabajar algún tiempo. Disponemos de radio, de... En otro momento te lo explicaré —sonrió—. Ahora, simplemente, descansa.

Jason empujó una puerta y entraron en un dormitorio, amplio, elegante, confortable. Jason señaló el lecho.

—Felices sueños —dijo.

—Estoy tan cansada que me parece que no podré ni llegar a la cama —ella se quedó mirándole fijamente—. Jason: ¿estarás cerca? Quiero decir...

—No debes preocuparte por nada —susurró él, inclinándose hacia su boca—. Nadie tiene narices para meterse con una Station de la CIA, querida.

La besó en los labios. Sonia se abrazó a su cuello y correspondió dulcemente al beso. Gimió quedamente cuando una mano de Jason le acarició la nuca. Jason se apartó y la miró sonriente.

—Descansa. Yo todavía tengo cosas que hacer.

Besó de nuevo a Sonia, ahora brevemente, y salió del dormitorio. Segundos más tarde, entraba en la salita donde Smith conversaba con los dos sujetos altos y fuertes. Los tres miraron a Jason, que mirando a Smith, preguntó:

—¿Qué opinas?

—Es todo demasiado fantástico para sospechar de ella —replicó Smith—. Yo creo que esa muchacha es lo que dice.

—A mí sigue pareciéndome demasiada casualidad.

—Sí, parece demasiada casualidad, pero estas cosas pasan. La casualidad existe...

—No en nuestro trabajo —gruñó Jason.

Smith guiñó un ojo a los otros dos.

—¿Qué os parece? Sorprendí a Jason besando a la chica, j yo diría que ella se ha encaramelado con él. Además de eso, ella nos ha

estado ayudando, nos ha facilitado nombres, ha recurrido a ese *monsieur* Dubois..., y Jason todavía desconfía de ella.

—Bueno, no es que desconfíe —refunfuñó Jason—, pero sigue pareciéndome mucha casualidad. ¿Qué tal si ella fuese de los otros, si hubiera ido a la casa a ver qué le había ocurrido a Degollador? En ese caso, habríamos metido una víbora en nuestro seno.

—¡Fiuuu! —Silbó Smith, sonriendo.

—A lo peor es que a Jason no le gusta la chica —sugirió uno de los otros.

—¡Imposible! —exclamó el otro, socarrón—. Jason siempre ha tenido buen gusto, y una cosa es cierta: ¡esa chica está como un portaaviones! ¡Demonios, es el bombón más bombón que he conocido!

—Hay bombones con veneno dentro —gruñó Jason Allister.

—Pues yo, si pudiera, mordería ese bombón —rió el otro.

—Me parece que eso no le gustaría a Jason —dijo Smith, al parecer de buen humor—. Por mucho que diga, la chica le ha dejado... hechizado. ¡Incluso me atrevería a decir que ha surgido el amor a primera vista! ¿Qué dices a eso, Jason?

—Idos al huevo —masculló Jason, saliendo de la salita.

CAPÍTULO V

Hacia las seis de la tarde del día siguiente. Sonia Martel había llamado no menos de cinco veces a *monsieur* Dubois, pero el teléfono de éste no contestó en ningún momento. La muchacha estaba tan nerviosa, finalmente, que apenas acertaba a meter el dedo en el disco.

—Quizá debimos facilitarle a él este número —dijo Jason—, posiblemente nos habría llamado desde cualquier sitio. En estos momentos quizá sepa algo, pero no puede volver todavía a su domicilio.

—¡O quizá le ha ocurrido algo! —exclamó Sonia.

—Tranquilízate —le sonrió amistosamente Smith—. Seguiremos llamando hasta la hora de la cena. Si después de las ocho no ha contestado, ya pensaremos algo... ¿Qué hay, Barton?

Un hombre había entrado en la salita, sin llamar, y miraba a Smith, que alzaba interrogante las cejas.

—Mowan ha llamado por la radio de bolsillo. Dice que el cartero ha estado en la casa de Moussard.

—¿Dentro de la casa? —Respingó Smith.

—No, no. Sólo ha llegado a la puerta, ha metido la mano en el buzón y se ha marchado.

—Ah. Bueno, debe haber dejado alguna carta... ¿Hay alguna otra novedad por allá?

—No, ninguna. ¿Les digo a Mowan y Casey que se hagan cargo de esa carta?

—No creo que el profesor reciba en Jean-les-Pins correspondencia importante. Lo que trajo Jason ayer no valía la pena... pero nunca se sabe, claro. Sí, díles que cojan esa carta, que la abran y que te la lean... Mejor que grabes lo que digan, Barton.

—Okay.

Barton salió. Sonia volvió a llamar al teléfono de *monsieur* Dubois en París. Nada. Barton reapareció. Nada más ver su expresión, Jason y Smith se alertaron.

—¿Qué pasa? —preguntó Jason.

—No había ninguna carta en el buzón —dijo Barton.

—¿Cómo que no? —Gruñó Smith—. Si el cartero ha ido a dejar una carta tiene que haber una carta, O varias.

—No hay nada.

Sobrevino un silencio. El desconcierto era general. Sonia abrió la boca, se oyó su aspiración...; pero no dijo nada. Los tres hombres la miraron.

—¿Qué ibas a decir? —preguntó Jason.

—Es una tontería...

—No perdemos nada escuchándola.

—Se me ha ocurrido que quizá el cartero no fue a dejar cartas, sino a recogerlas. Bueno, a recoger las que hubiera podido dejar en el buzón el profesor. Quiero decir, que como él está... estaba inválido, quizá el cartero fuese tan amable de recoger su correspondencia para echarla él mismo a un buzón en Jean-les-Pins... Bueno, ya sé que es una tontería...

—¡Claro que no es una tontería! —exclamó Jason—. ¡Recuerdo perfectamente cómo es ese buzón, y puede hacerse! Y desde luego, si el cartero no ha ido a depositar ninguna carta... ¿a qué ha podido ir sino a recoger las que hubiera cursado el profesor Moussard?

—¿Y eso qué? —preguntó Barton.

—Lo que Jason quiere decir es que quizá el profesor Moussard pudo enviar el Plan a alguien por ese conducto —murmuró Smith—. ¿No es eso, Jason?

Éste había entornado los párpados.

—Supongamos —susurró— que el profesor estaba ayer en su despacho cuando llegó Degollador, y que vio u oyó cómo éste mataba al criado. En ese caso, Moussard podía hacer dos cosas. Una, avisar por teléfono a la policía mientras Degollador llevaba al criado a la cocina. Dos, coger el Plan, meterlo en un sobre, poner en él el nombre y señas de un amigo, y salir con la silla de ruedas al vestíbulo y meter el sobre en el buzón, sabiendo que, efectivamente, el cartero era tan amable de prestarle ese servicio de recogida.

Sonia: ¿cuál de las dos cosas crees que habría hecho tu profesor?

—Bu-bueno, yo... yo no sé... ¡Creo que yo habría llamado a la policía!

—¿Y qué habrías ganado con ello? Cuando la policía hubiera llegado, Degollador ya habría acabado contigo, y quizá hubiera encontrado el Plan. Es decir, que no sólo te mataría de todos modos, sino que tendría el Plan. Pero si el Plan estaba ya en el buzón de la puerta, al menos tu profesor le hacía la puñeta a Degollador... ¿Te parece factible eso?

—Creo que sí... ¡Dios mío, no puedo saber lo que pensó el profesor, pero podría ser eso!

—Me pregunto si el cartero es un hombre curioso —murmuró Smith—. Barton, llama a Mowan y Casey y diles que intenten alcanzar a ese hombre en su recorrido y que le pregunten... No, no quiero que ellos le pregunten nada. Diles que lo sigan hasta su domicilio.

—Quizá ya no lo encuentren.

—¡Tienen que encontrarlo! Ese hombre está haciendo un recorrido, a pie, y ellos van en coche... ¡Tienen que encontrarle antes de que termine su reparto!

* * *

El hombre estaba tumbado en una butaca, con una lata de cerveza en la mano, cuando su esposa introdujo a la visita en el saloncito. Al ver a la visitante, el hombre quedó estupefacto, e instintivamente se puso en pie. Era una muchacha tan hermosa que todo su malhumor del día se esfumó. ¡Por fin algo agradable!

—Querido, esta señorita desea hablar contigo —dijo la mujer del cartero.

—Ah... Ejem... Muy bien. Bueno, no tengo el gusto...

—Me llamo Sonia —sonrió la muchacha—. No voy a entretenerle mucho, señor Chaffrin.

—¿Me conoce usted? —se sorprendió el hombre.

—He preguntado en qué apartamento vive un empleado de Correos, y una de sus vecinas ha sido tan amable de informarme.

—Ah... Bueno, bien... ¿Se tomaría una cerveza?

—No, gracias —rió Sonia—. Sólo he venido a hacerle una

pregunta, señor Chaffrin. Es relacionada con su trabajo, y concretamente con el señor Moussard.

—Ah, sí —el gesto del hombre se nubló visiblemente—. ¿Usted también quiere saber a quién enviaba cartas el señor Moussard?

—¿También? —murmuró Sonia—. ¿Qué quiere decir?

—Esta tarde, después de pasar por la casa del señor Moussard, me di cuenta de que un coche parecía seguirme. Un hombre se apeó al poco del coche y me preguntó si yo recogía cartas del señor Moussard en su buzón, al dejar su correspondencia. Me parece que usted desea saber lo mismo que él.

—Pues... sí. Sí, en efecto.

—Bueno, al menos usted no parece tener malas intenciones.

—No comprendo.

—No me gustó aquel hombre. Me habló de una manera que me hizo comprender que sería mejor para mí que le contestase.

—¿Y lo hizo usted?

—Me pareció lo más prudente —gruñó el cartero—. Pero estaba pensando precisamente en avisar de eso a la policía. Y desde luego, mañana pienso informar al señor Moussard.

—Precisamente yo soy amiga del señor Moussard y estamos preocupados por algunas cosas... ¿Qué le dijo usted a aquel hombre?

—Le dije lo único que sabía sobre la carta de ayer por la tarde, que encontré en el buzón. Yo había mirado la carta, claro, pero no recordaba más, que el apellido del destinatario: Lebanier. Eso es todo lo que le dije al hombre aquél. Mire, era un tipo malencarado, se lo aseguro, y pensé que...

—No debe usted preocuparse, señor Chaffrin —sonrió Sonia—. Hizo bien, no tenía por qué complicarse la vida. Le agradezco mucho su información. Y en cuanto a la policía, no se moleste en avisarla: el señor Moussard y yo nos encargaremos del asunto.

—De acuerdo. Mire, no quiero parecerle antipático, pero he decidido no recoger más cartas del señor Moussard. Lo hacía como una atención, pues el pobre hombre está paralítico, pero sepa que eso no está permitido. Y después de esto... Buen, no quiero líos.

—Le comprendo a usted —sonrió de nuevo Sonia—. Olvide el asunto. Y gracias por todo.

Jason la vio acercarse y se inclinó para abrirle la portezuela desde dentro. Apenas Sonia se hubo sentado junto a él puso el motor en marcha y arrancó.

—¿Y bien? —preguntó.

Sonia explicó la breve entrevista con el cartero, al que Mowan y Casey habían seguido hasta su domicilio. Por supuesto, ninguno de éstos había sido quien abordara al cartero para preguntarle a quién escribía el profesor Moussard, de modo que la conclusión no podía ser más simple: los amigos de Degollador o de Asesino se les habían adelantado.

Jason masculló un par de maldiciones y por fin preguntó:

—Bueno, ¿y cuál era el nombre?

—Lebanier.

—¡Lebanier! ¡Ése está en tu lista: Jacques Lebanier, 12, Boulevard Pasteur, París!

—Sí —asintió—. Sonia, —es uno de los buenos amigos del profesor, y parece indudable que él le ha enviado el Plan por correo. No quisiera estar en el lugar de ese pobre hombre.

—¿De Lebanier?

—Claro. Ni en el lugar del cartero. Porque si ya hemos sido dos a preguntarle, quizá aparezca el tercero.

—¿Qué tercero? —Se pasmó Jason.

—Bueno, hasta ahora le hemos preguntado nosotros, o sea la CIA, y otro más, que puede ser de Degollador o del grupo de Asesino. Falta uno por ir a ver al cartero..., si es que todos pueden llegar a la misma conclusión que nosotros.

—Como sea, tendré que ir a París inmediatamente —musitó Jason—. ¡Inmediatamente, porque no creo que los otros hayan perdido ni un segundo en preparar su viaje! Por suerte, tenemos cerca el aeropuerto de Niza, así que iré directo allá a ver si esta misma tarde puedo tomar un avión...

—¿Quieres decir que vas a dejarme aquí?

—Claro. Mowan y Casey han vuelto a vigilar la casa. Te dejaré con ellos, y cuando sean relevados te llevarán con Smith a la Station.

—Si prescindes ahora de mi ayuda no veo por qué tengo que ir a

la *Station* —dijo Sonia, visiblemente molesta—. Puedo arreglármelas sola, ¿sabes?

—Vaya, ¿a qué viene este enfado? —sonrió Jason—. Y otra cosa: ¿qué has querido decir con eso de tu ayuda? ¿Acaso te parece que me has ayudado poco?

—Podría ayudarte más.

Jason Allister apretó los labios un instante, dirigiendo una mirada de reojo a la muchacha.

—¿Si? —susurró—. ¿De qué modo?

—Si tú vas a París a pedirle el Plan al señor Lebanier, no creo que te escuche siquiera. Y si llama al profesor y no recibe respuesta, puede que te busques complicaciones. En cambio, a mí me conoce, sabe que el profesor me estima mucho, que somos buenos amigos... Podría convencerle mejor que tú para que me entregara el Plan.

Jason se volvió a mirarla directamente un instante. Frunció el ceño, pero el gesto terminó en una sonrisa.

—Eres una chica muy despierta, Sonia. Pero quizá el profesor haya incluido en el sobre indicaciones a Lebanier para que entregue el Plan a la CIA, así que...

—¿Crees que el profesor tuvo tiempo de tantas cosas mientras un asesino arrastraba al criado hacia la cocina? ¿Escribir un sobre, franquearlo, escribir una nota, llegar al buzón, volver al despacho...? ¡Ya hizo demasiado si, en efecto, envió el Plan a Lebanier!

Jason volvió a apretar los labios.

—Bueno —dijo luego—, parece, que tendré que llevarte conmigo a París. Si el Plan salió ayer hacia allí, esta mañana debe haber sido repartido, Lebanier lo debe tener ya en su poder. Sí —sonrió de pronto—, me parece que es una buena idea llevarte conmigo a París, querida.

* * *

Tuvieron suerte. En las oficinas de la Air France en el aeropuerto de Niza consiguieron dos pasajes para el vuelo que salía a las nueve y treinta y cinco de la noche.

A las once y cinco aterrizaban en Orly, donde Jason alquiló un coche. No llevaban más equipaje que el bolso de Sonia, pero

tampoco necesitaban más.

A las doce de la noche estaban en el Boulevard Pasteur, y pasaban lentamente por delante del edificio número 12. Todo estaba muy tranquilo, la circulación era prácticamente nula. El edificio en cuestión constaba de cinco plantas, y sólo en tres ventanas se veía luz. Jason condujo rodeando la manzana, y detuvo el coche y paró el motor.

—De acuerdo —murmuró—. Tal como hemos convenido, vas a ir sola. Parecerá que llegues a pie de algún lugar cercano, y eso puede evitar complicaciones. Yo te espero aquí.

—¿Crees que pueden estar cerca los amigos de Degollador o de Asesino?

—Se me ocurre que incluso es posible que hayan llegado a Orly en el mismo avión que nosotros. Pero hemos ido muy rápidos, y ellos no tendrán tantas facilidades como tú para ser recibida a estas horas por el señor Lebanier. No pierdas más tiempo.

Ella sonrió, se inclinó para besar a Jason en un lado de la boca, y salió del coche. Retrocedió hacia la esquina. Jason la estuvo mirando hasta que desapareció. Entonces salió del coche, cerró éste silenciosamente y se fue en pos de Sonia Martel.

Desde la esquina, asomándose cautamente, la vio detenerse frente al portal del edificio número 12 del Boulevard Pasteur. Ella había llamado utilizando el portero electrónico. La vio acercarse más a esta instalación... Al poco empujó la puerta y entró en el edificio. Jason Allister rebasó la esquina y caminó hasta encontrar un portal, en cuyo oscuro hueco se metió, colocándose al fondo. Era imposible que pudieran verle desde la calle. En cambio, desde allí, él veía perfectamente el portal del número 12, al otro lado del Boulevard.

Sonia Martel reapareció unos diez minutos más tarde. En el acto, Jason Allister vio la forma blanca y alargada que la muchacha sostenía en la mano derecha, apretándola contra el pecho. Jason sintió que el vello se le erizaba. ¿Así de sencillo? ¿Tan simplemente había conseguido Sonia el Plan?

Estaba debatiéndose entre la satisfacción y la desconfianza cuando, un instante antes de que él comenzara a dar el primer paso para salir del portal, el coche apareció, silenciosamente, con todas las luces apagadas. El vehículo se detuvo y dos hombres se apearon

con agilidad y se acercaron a Sonia. La muchacha se había detenido. Uno de los hombres la tomó del brazo y señaló hacia el coche. Sonia obedeció la indicación, caminando hacia el vehículo a cuyo volante había otro hombre.

—La madre que te parió —jadeó Jason—. ¡Buena me la has jugado!

En un instante, Sonia y los dos hombres estuvieron dentro del coche, que arrancó. Pasaron por delante del portal en el que estaba Jason, que entrevió un instante la silueta de Sonia, entre las de dos hombres. El coche dobló por la misma esquina que antes lo hiciera Jason para dejar el coche.

Cuando Jason llegó a toda prisa a su coche todavía veía las luces de posición del otro.

Su desconcierto era ahora total. Si ella estuviera haciendo algún extraño juego habría delatado su presencia a los tres tipos del coche, y con seguridad éstos habrían disparado contra el suyo al pasar a su lado. Pero nada de esto había sucedido, y por otro lado, si Sonia hubiera sido amiga de aquellos sujetos les habría indicado que no pasaran por donde estaba el coche alquilado en el aeropuerto, pues él podría verlos.

Partió en pos del otro coche. A él le había visto, o quizá sí le habían visto desde el coche cuando dobló la esquina, pero al verle entrar en un portal y desaparecer pudieron creer que era un vecino de aquel edificio. Lo mirase como lo mirase, no tenía más remedio que llegar a la conclusión de que si Sonia hubiera estado de parte de aquellos sujetos las cosas estarían sucediendo de muy diferente manera.

Así que la cosa estaba clara: Sonia estaba jugando limpio con él y, sencillamente, aquellos sujetos la habían secuestrado.

Sería interesante ver adónde iban.

CAPÍTULO VI

Finalmente, ya más tarde de la una de la madrugada, el coche se detuvo delante de una casa de campo a la que habían llegado circulando por un camino de tierra entre viñedos. Estaban bastante lejos de París. Sonia Martel había visto poco antes, en un cruce de cuatro caminos, que tomaban el que señalaba hacia Le Plessis Belleville.

—Salga —ordenó uno de los hombres, precediéndola.

Al salir, Sonia quedó frente a un hombre que sostenía una metralleta con ambas manos ante el pecho. La muchacha respingó, pero el otro la tomó del brazo y tiró de ella hacia la casa, cuyas luces estaban todas apagadas. Un poco más allá había lo que parecía un establo, o quizá fuese un almacén. De los otros dos hombres que habían viajado con ella, uno se había quedado conversando con el sujeto de la metralleta, pero los alcanzó enseguida, cuando llegaban ante la puerta.

No tuvieron necesidad de llamar. Un hombre la abrió, esperó a que cerraran y encendió la luz. Miró a Sonia especulativamente con sus ojos negros y relucientes. Parecía árabe.

—¿Quién es? —preguntó, en inglés.

—Avisa a Yusuf... ¿Está durmiendo?

—Sí.

—Te acompañaré. Vosotros, llevadla a la sala.

El hombre que se había hecho cargo del sobre se fue con el que había abierto la puerta en busca del durmiente llamado Yusuf. Sonia fue introducida en una salita de aspecto rústico, pero bastante confortable. Los dos hombres se sirvieron unos tragos de coñac. Ella se sentó en un sillón.

Unos diez minutos más tarde entraron en la salita el hombre del

sobre y otro más, que se había hecho cargo del sobre. Este hombre era indiscutiblemente árabe. Debía tener unos cuarenta años, sus ojos eran grandes, quietos, escrutadores. Su indumentaria consistía en un pijama de bonito color azul. Iba descalzo.

Se plantó delante de Sonia, que le miraba asustada.

—¿De modo que esto es todo? —preguntó Yusuf, en buen francés, mostrando el sobre a Sonia.

Ésta asintió, moviendo la cabeza, como si no tuviera fuerzas para hablar. Yusuf frunció el ceño. Su mirada recorrió lentamente el espléndido cuerpo de la muchacha. De pronto, sonrió.

—Me ha dicho Leyten que se llama usted Sonia Martel y que es amiga del profesor Moussard. También me ha explicado toda esa historia de lo que ha pasado en Jean-les-Pins, la CIA... Todo eso. Finalmente, usted viene a París a visitar a *monsieur* Lebanier para que le entregue el sobre. ¿Correcto?

—Sí... Sí, señor.

—Si usted hubiera llegado cinco minutos más tarde, mis hombres habrían subido ya al apartamento del señor Lebanier. Pero la vieron y sospecharon algo, así que decidieron esperar un poco. Ya no tenía importancia esperar un poco más, después de que Leyten llegara en avión desde Niza tras avisarnos de que venía. Así que la esperaron. Y sale usted con un sobre, en efecto..., pero un sobre que sólo contiene la esquela referida a *monsieur* Lebanier, no lo que nosotros esperábamos encontrar. Supongo que sabe usted a qué me refiero.

—Sí —tragó saliva Sonia—. Se refiere al Plan.

—Exactamente. Y en lugar del Plan, sale usted del domicilio de *monsieur* Lebanier con la esquela que anuncia su muerte, ocurrida hace un mes. ¿Qué significa esto?

—Yo... yo no lo sé, señor. Es verdad que... que la CIA me... me está utilizando, que me han pedido ese favor, pero no sé nada más.

—Pero usted ha llegado a París procedente de Niza esta misma noche, ¿no?

—Sí... Sí, señor.

—Y supongo que no ha venido sola.

—No. Vino... vino un agente de la CIA conmigo.

—¿Y dónde está él ahora?

—Supongo que se ha quedado en París, esperando que fuese a

reunirme con él en el coche que alquilamos al llegar a Orly.

—Lo que significa que él la llevó hasta París, la envió al domicilio de *monsieur* Lebanier a pedirle a éste el Plan, y se quedó esperándola dentro del coche cerca de allí.

—Sí... Así ha sido, sí.

—Pero Leyten dice que no vio a ningún hombre por allí.

—No sé... Supongo que el señor Allister debió... esconderse...
¡No lo sé!

—Tal vez os siguió —dijo Yusuf, mirando a Leyten.

—No —negó éste—. Seguro: no. Le habríamos visto, tanto en París como en la carretera.

Yusuf quedó pensativo unos segundos antes de seguir la conversación con Sonia.

—Explíqueme qué ha ocurrido exactamente en el domicilio de *monsieur* Lebanier.

—Ya les he dicho a sus amigos...

—Explíquemelo a mí. Empiece desde que llegó usted al edificio.

—Bueno, llamé al apartamento de *monsieur* Lebanier y me contestaron por el portero electrónico. Era la esposa del señor Lebanier. Le dije quién era y que tenía que disculparme por visitarles a semejante hora, pero que era importante y urgente. Ella me abrió la puerta de la calle, subí. Me estaba esperando con la puerta del apartamento abierta. Cuando le dije que tenía que ver inmediatamente a su marido, me miró de un modo raro. Me preguntó si yo no sabía que él había muerto hacía un mes, y le dije que no. Yo estaba muy sorprendida. Le dije que me enviaba el profesor Moussard y ella dijo entonces que le extrañaba mucho eso, porque a su debido tiempo envió al profesor la notificación del fallecimiento de *monsieur* Lebanier. Yo le dije que el profesor no debía haberla recibido, y entonces ella me dijo que se iba a asegurar de que esta vez la recibiría, y tomó una de su escritorio, la metió en un sobre y me la entregó, para el profesor...

—¿Le dijo usted que Moussard había muerto?

—No... No. Creo... que fui un poco cruel.

—¿Cruel? ¿Por qué?

—Pensé que si le decía que el profesor había muerto ella no querría entregarme el sobre conteniendo el Plan. Así que no le dije que el profesor había muerto, sino que me había pedido que

recogiera el sobre que le había enviado desde Jean-les-Pins y se lo llevara allá.

—Eso estuvo muy bien —sonrió amablemente Yusuf—, pero parece que no dio resultado.

—No señor... *Madame* Lebanier me dijo que no había llegado ninguna carta para su marido, que no tenía la menor noticia del profesor Moussard.

—O sea, que salió usted de allí nada más que con la esquila —seguía sonriendo Yusuf.

—Sí, señor. Y entonces... entonces sus amigos me... me dijeron que tenía que subir al coche.

Yusuf asintió y miró a Leyten.

—¿La habéis registrado? —preguntó.

—¿A quién? —se sorprendió Leyten.

—A la señorita Martel.

—Pues no... No.

—¿Y no se os ha ocurrido que ella puede estar mintiendo y que tenga el Plan escondido bajo su ropa y que nos esté tomando el pelo con esta esquila? Bueno, vamos a salir de dudas. Desnúdese, señorita Martel. Por completo. Vamos, déjese de miradas aterrizadas y grititos, nosotros no estamos para tonterías ahora, sólo nos interesa el Plan, por muy bonita que usted sea. ¿Está claro?

—Sí,
pe-pero...

—Desnúdese. Ahora, por favor. Y completamente.

Sonia tragó saliva y procedió a desnudarse, observada atentamente por los cuatro hombres. Por un instante, hubo como una llamarada en los ojos de Yusuf cuando Sonia estuvo completamente desnuda, pero el árabe dedicó acto seguido su atención a las ropas de la muchacha, revisándolas a conciencia. Acto seguido, le pidió los zapatos.

El silencio era total mientras Yusuf lo examinaba todo. Sonia permanecía en pie, cruzando como podía los muslos, y con los brazos ante el pecho. Leyten y los otros dos le dirigían miradas breves pero muy expresivas, aunque se abstuvieron de comentarios o manifestaciones de tipo sexual.

Yusuf terminó el examen de las pertenencias de Sonia y se encaró con Leyten.

—Tú y Dumas supisteis en Jean-les-Pins, por medio del cartero, que el profesor había enviado ayer una carta a Lebanier, ¿no es así?

—Sí... Pero quizá no la hayan repartido hoy. Seguramente la señora Lebanier la recibirá mañana.

—Podría ser. Pero también podría ser que *madame* Lebanier haya mentido a la señorita Martel y haya recibido hoy el Plan. Puesto que su marido está muerto, ella ha debido abrir el sobre..., y me pregunto qué ha hecho a continuación.

—No creo que esa mujer entienda nada de nada.

—Quizá no. Pero puede haber llamado a alguien que sí sepa interpretar el Plan de Moussard. No podemos correr riesgos; tenemos que saber cuánto antes si *madame* Lebanier ha recibido o no el sobre, y si lo ha recibido, qué ha hecho con el Plan. De modo que vais a ir a París a preguntárselo. Y va a ser ahora mismo, Leyten.

—¿Y si todavía no ha recibido el sobre?

—Si es así, quedaros toda la noche con ella y haceros cargo del sobre cuando llegue mañana. No puede tardar más. Y mucho cuidado con el americano.

Leyten parpadeó ante la súbita idea.

—Quizá esté todavía por allí esperando a la chica.

—No. Tiene que haberse interesado ya por su tardanza. Es posible que haya subido a hablar con *madame* Lebanier, pero sea lo que sea lo que hayan hablado, el americano ya se habrá marchado para buscar a la señorita Martel.

—¿Y si *madame* Lebanier le ha entregado el Plan al americano mientras nosotros veníamos hacia aquí?

El gesto de Yusuf se nubló.

—También puede haber ocurrido eso. Pero no vale la pena hacer tantas cábalas. Simplemente, id a ver a *madame* Lebanier. Y si aparece el americano, quitadlo de en medio... para siempre.

Sonia ahogó una exclamación al oír esto, llevándose las manos a la boca. Ocasión que aprovechó Yusuf para mirarle a placer los senos..., y ahora sí, el relámpago ardiente fue claramente visible.

—Marchaos —susurró—. La señorita Martel y yo seguiremos... conversando.

Leyten y los otros sonrieron torcidamente y salieron de la salita. Afuera estaba el hombre que les había abierto la puerta y que los

miró interrogante.

—Volvemos a París —dijo Leyten—. Mientras tanto, Yusuf se va a tirar a la chica.

—Así es la vida —dijo el otro—: unos a trabajar y otros a divertirse. De todos modos, supongo que la muchacha prefiere un poco de diversión que morir, ¿no?

Los tres salieron de la casa y se metieron en el coche, observados por el sujeto de la metralleta. Uno de los compañeros de Leyten observó:

—Sea como sea, a la muchacha la van a matar. Ya verás cómo no está aquí cuando volvamos.

—¿Y a nosotros qué demonios nos importa? —masculló Leyten—. Venga, vámonos ya.

Segundos más tarde, el coche recorría a la inversa el camino entre los viñedos, hasta desaparecer. El vigilante de la metralleta dejó que ésta colgase de su cuello por medio de la correa y encendió un cigarrillo. Se volvió hacia la casa, donde ahora sí había luz.

Recordó de pronto que hacía rato que no se había cruzado con su compañero de guardia y alzó las cejas con gesto perplejo. Su mirada fue hacia el almacén donde estaban los cestos que se utilizaban para recoger las uvas durante la vendimia. Cestos que actualmente no contenían uvas, ni mucho menos, sino una gran cantidad de armas pequeñas y explosivas de toda clase. Por fortuna, el servicio en la casa de campo no era continuado, sino que cada dos días llegaban dos hombres diferentes para la vigilancia...

¿Dónde se había metido Gaillard?

Se encaminó hacia el almacén, mirando a todos lados, esperando ver en alguna parte la brasa de un cigarrillo. Pero no la vio. ¿Y si el espabilado Gaillard se había metido en el almacén a dormir un poco? A fin de cuentas, era una tontería aquella vigilancia, pues nadie sospechaba ni remotamente que hubiera nada anormal en aquella casa de campo.

Se dirigió hacia el almacén, empujó una de las grandes hojas de madera y entró un par de pasos.

—Gaillard... ¡Eh, Gaillard!

Sólo vio una sombra pasando ante su rostro. Inmediata mente, un brazo fortísimo apretó su garganta, inmovilizándolo y, antes de

que pudiera intentar cualquier acción defensiva, el sujeto sintió aquel frío pinchazo en los riñones. Desde aquí, el frío súbito se extendió velozmente por todo el cuerpo, precediendo aquella oleada de espantoso dolor. El segundo pinchazo le arrancó un gemido ronco y entrecortado. Otro rayo helado y doloroso recorrió su cuerpo partiendo de la zona lumbar; ante los ojos del hombre todo quedó como sumergido en la negrura absoluta. La cabeza colgó blandamente, las piernas se le doblaron... Detrás de él, Jason Allister lo soltó y el hombre rodó por el suelo.

El americano se inclinó, lo asió por la ropa del cuello y lo arrastró hacia unos cestos, entre los cuales le dejó..., junto al cadáver de otro hombre, cuyos ojos estaban desorbitados.

Dueño ya de dos metralletas, Jason Allister salió del almacén dejando a un lado el viejo destornillador que había utilizado contra los dos hombres y que había encontrado en el almacén antes de que Gaillard entrase allí a ver si todo estaba en orden..., y se había encontrado con que no, no estaba todo en orden.

Jason se dirigió tranquilamente hacia la casa y llamó a la puerta. A los pocos segundos ésta se abrió y apareció el hombre que había abierto antes. Había en su rostro un gesto un tanto enfurruñado..., que se borró en el acto al ver a Jason ante él con una de las metralletas en alto.

Todavía estaban abriéndose por la sorpresa los ojos del hombre cuando Jason Allister bajó con fuerza la metralleta. El cañón pareció hundirse en la frente del hombre como si su cabeza fuera de goma, con blando y siniestro chasquido. Cayó fulminado a los pies de Jason, que entró y cerró la puerta.

La voz masculina llegó hasta él procedente del interior de la casa. Se dirigió hacia allí, enfiló el corto y oscuro pasillo y enseguida vio la luz que iluminaba el suelo pasando por debajo de una puerta.

Cuando llegó ante ésta oyó de nuevo la voz masculina...

* * *

—No te lo voy a repetir —dijo Yusuf— empieza ahora mismo a cortarte el cabello.

De pie junto a la cama, tijeras en mano, Sonia Martel le miraba

fijamente. Las tijeras se las había proporcionado el propio Yusuf, quien, no obstante, había tomado sus preocupaciones por si la muchacha tomaba una decisión desesperada, sostenía en la mano derecha un largo puñal de hoja curvada, que parecía afiladísimo, y con el cual, por supuesto, podía partir en dos a Sonia si ella prefería atacarle en lugar de obedecerle.

Pero Sonia Martel no hacía ni una cosa ni otra. Ni se cortaba el hermoso cabello, ni parecía, ciertamente, la persona capaz de atacar a otra con unas tijeras. Simplemente, estaba muy asustada. Parecía incapaz de moverse.

—Escucha, preciosa, ya me estás cansando —gruñó Yusuf—. Quiero que te cortes el cabello, que te quedes como una de las judías que fueron internadas en campos de concentración... ¡Así es como debéis estar todas las judías antes de ser violadas!

—Yo no soy judía —murmuró Sonia.

—¡Si eres amiga del profesor Moussard tienes que ser judía!

—¿Por qué razón? —se sorprendió la muchacha.

—¡No me vengas con comedias! ¡Tienes que saber perfectamente que él era judío!

—No es cierto —rechazó Sonia—. No.

—¿No? Está bien, de todos modos, quiero que te cortes el pelo, y luego te pondrás como te he dicho para que te viole como te mereces, como lo que eres... ¡Como una perra!

—Yo no le he hecho nada a usted, señor. No tiene por qué tratarme así. No tengo nada que ver en todo esto, ni siquiera entiendo lo que está pasando... ¡Y no soy judía!

—Está bien —terminó por irritarse Yusuf, dando un paso hacia Sonia—. Puesto que no quieres hacerlo a las buenas, lo vas a hacer a las malas. Yo mismo te cortaré el cabello después de partirte el vientre a patadas...

La puerta de la habitación se abrió y Yusuf se volvió encolerizado, abriendo la boca con un gesto agrio. Se quedó así, mirando atónito a Jason Allister, que le apuntaba con la metrallita al pecho. Sonia lanzó una exclamación de alegría.

El americano sonrió como un lobo ante un cordero.

—Acércate, valiente —dijo suavemente—. Pero antes deja caer ese cuchillo, o te voy a llenar de plomo el ombligo.

Yusuf tenía el puñal a la altura de la cintura, con la punta hacia

delante, ya en postura adecuada para cumplir sus amenazas a Sonia. Si quería lanzarlo contra Jason tenía que subir el brazo, echarlo hacia atrás, y, por supuesto, acto seguido hacia delante. En el tiempo que necesitaba para hacer eso, por rápido que fuese, el americano podía acribillarle.

De modo que Yusuf dejó caer el cuchillo, y esbozó una sonrisa retorcida.

—Sólo estaba bromeando —dijo—. Una pequeña diversión.

—Lo comprendo —asintió Jason—. Acércate.

Yusuf obedeció, pensando en la posibilidad de saltar contra el americano, pero éste no le dio tiempo a nada. En cuanto lo tuvo ante él a la distancia conveniente le aplicó un espantoso punterazo en los genitales. Yusuf lanzó un berrido mientras palidecía y saltaba como disparado por un muelle. Cayó al suelo encogido, rodó y pareció desparramarse, quedando sin sentido cara al techo.

Jason miró a Sonia, que estaba inmóvil, muy abiertos los ojos, olvidada de su desnudez. El americano sonrió.

—Será mejor que te vistas, si no quieres que sea yo quien te viole. Aunque sin cortarte el pelo, claro.

Ella dejó caer las tijeras y se echó en sus brazos. Jason le acarició y luego la besó levemente en la boca. Durante unos segundos se quedaron mirándose, hasta que él volvió a besarla.

—¿Estás bien? —se interesó.

—Sí... ¡Dijeron que no los habías seguido!

—Son unos desgraciados. Se marcharon tres y quedaron cuatro, según entiendo. ¿O había más?

—No sé... Yo vi afuera sólo a un hombre armado, y aquí dentro estaba éste —señaló a Yusuf— y otro más.

—Todo está en orden, me parece. ¿Dónde están tus ropas?

—En la sala.

—Ve a ponértelas y vuelve. Quiero que me expliques exactamente qué ha ocurrido aquí.

CAPÍTULO VII

Cuando Yusuf recuperó el conocimiento comprendió muy pronto que sus perspectivas eran francamente malas. Estaba tendido en la cama del dormitorio donde había sido abatido, y sus tobillos y muñecas habían sido sólidamente amarrados a los barrotes. Supo en el acto que ni en mil horas conseguiría soltarse. El americano había asegurado muy bien la situación a su favor.

Y allá lo tenía, junto a la cama, mirándole fríamente. Un poco más allá, sentada en una deteriorada butaca, estaba Sonia Martel, fumando un cigarrillo.

—Muy bien, Yusuf —dijo Jason—, ha llegado la hora de las confesiones. Por supuesto, tú no eres más que un desgraciado con mando intermedio, así que no mereces excesivo interés por mi parte. Lo más probable es que te deje aquí atado hasta que te pudras o alguien venga a ayudarte. Eso, si hablamos en serio. De lo contrario, te arrancaré los testículos para empezar, ¿está claro?

Yusuf se limitó a parpadear. Jason alzó las cejas como sorprendido. Se inclinó, asió el pantalón del pijama y dio un tirón, arrancando buena parte de la tela, dejando al descubierto los genitales del árabe.

—Lo siento por el pijama —dijo Jason—: era bonito. Bien, comencemos: ¿quién te da las órdenes y dónde está?

—Se llama Serge de Brest —jadeó Yusuf—. Está en París, en una galería de arte llamada Toulouse, en el 21, Rué de Richelieu.

—Magnífico. ¿Y quién le da las órdenes a él?

—¿A él? No lo sé. El me las da a mí, eso es todo lo que puedo decir.

—Me inclino a creerte. Por las explicaciones de mi... amiga, la señorita Martel, sé que varios de tus hombres han estado operando

en Jean-les-Pins. Dos de esos hombres se llaman Leyten y Dumas. Luego, había por lo menos otro más, que fue quien visitó al profesor Moussard y le cortó el cuello. ¿Fue así?

—Sí... Sí. Ése se llamaba Niklos... Era griego.

—Muy bien. De modo que Niklos fue allá, mató al profesor Moussard irritado porque éste de un modo u otro le escamoteó el Plan, y se puso a buscarlo. Cuando estaba en eso llegó alguien más y mató a Niklos. Naturalmente, este personaje, al que estamos llamando Asesino, no era de los tuyos. ¿Quién era?

—¿Cómo puedo saberlo? —exclamó Yusuf.

—¿Acaso Leyten, Dumas y quizá alguno más de tus hombres no estaban cerca de la casa del profesor Moussard mientras Niklos iba a hacer el trabajo?

—No, no estaban... Es decir, sí estaban al principio, pero vieron llegar un coche con varios hombres, y se alejaron. Luego, cuando Niklos no volvió, comprendieron que le había ocurrido algo y se dieron una vuelta por allí, pero ya no vieron a nadie... Había pasado demasiado tiempo.

Jason Allister se quedó mirándole fijamente. Encendió un cigarrillo y se volvió hacia Sonia.

—¿Lo entiendes ahora? —preguntó—. ¿Comprendes lo que pasó?

—No... No entiendo nada, de verdad.

—Llegó Niklos, mató al profesor y se puso a buscar el Plan, Mientras tanto, Leyten y alguno más estaba cerca de allí, esperando a Niklos, pero entonces vieron llegar otro coche con varios hombres y decidieron muy prudentemente esfumarse de allí por el momento. Así pues, los recién llegados tenían vía libre hacia la casa del profesor. Fueron allá, sorprendieron a Degollador y le mataron. Comprendieron que Degollador había estado buscando el Plan, pero no lo había encontrado. En eso estaban, preguntándose qué hacían, cuando me vieron llegar a mí. Con toda lógica, comprendieron que yo no sabía nada de lo ocurrido allí dentro, pero sí era posible que fuese alguien que estuviera enterado del asunto. Incluso quizá pensaron que yo podía ser un amigo del profesor Moussard y que, muerto éste, tal vez recogiera el Plan de algún escondite. De modo que muy inteligentemente decidieron dejarme a mis anchas, y mientras yo entraba en la casa por la puerta, que estaba abierta,

ellos salían por una ventana y corrían a meterse en su coche, para desde allí vigilarme. Y me esperaron.

—Pero entonces, ¡también me vieron llegar a mí!

—Claro —sonrió Jason, secamente—. Y también decidieron ver qué hacías, qué ocurría entre nosotros dos. Cuando nos vieron salir en plan amistoso, optaron por seguirnos. Y ésos fueron los tres sujetos que dejamos a pie entonces, cuando se dieron de narices contra un pino, ¿recuerdas?

—Claro... Sí. Pero esos tres hombres... ¿dónde están? ¿No han vuelto a interesarse por todo esto?

—Nos perdieron la pista a nosotros, y luego, cuando Leyten y Dumas volvieron con refuerzos, se apresuraron a marcharse. Posteriormente, quizá volvieron por la casa, pero Leyten y los otros seguían por allí, y también mis compañeros... Tuvieron que comprender que nadie había encontrado el Plan, que seguían buscándolo. Y como la cosa se les estaba complicando demasiado, o bien decidieron buscar por otro sitio, o tomaron el acuerdo de dejar correr el asunto, que se estaba poniendo demasiado peligroso, de modo que quedamos solamente nosotros y los amigos de Yusuf.

—Es decir, que Asesino y su grupo han quedado fuera de juego.

—Eso es evidente, ¿no? Bueno, quizá estén buscando por otro lado, con menos riesgos, pero está claro que han perdido la pista del Plan, por el momento Y si andamos listos, cuando puedan recuperarla nosotros ya tendremos el Plan.

—Pero los amigos de él. —Sonia señaló a Yusuf— están con *madame* Lebanier, y si ésta recibe el Plan por la mañana se lo quitarán.

—Tenemos tiempo de hacer algo en ese sentido —dijo fríamente Jason; se encaró de nuevo con Yusuf—. Bien: ¿Cómo os enterasteis vosotros de que el profesor Moussard había ideado ese Plan?

—Serge se enteró —dijo Yusuf.

—¿Quién se lo dijo a él?

—No lo sé.

—Bueno, Serge De Brest sí lo sabe, ¿verdad? Tendremos que ir a preguntárselo a él directamente. Mientras tanto, veamos... ¿Tú eres palestino?

—Sí.

—Claro. Pero De Brest no lo es, supongo.

—No... No lo es. Es francés. Judío.

Sonia lanzó una exclamación. Jason se limitó a mirar entre desconcertado y colérico a Yusuf.

—¿Judío? —masculló—. ¿Y tú estás trabajando para él?

—Sí.

—Me pareció que no te gustaban los judíos, lo que sin ser humanamente justificable, sí es lógico, en cambio. Incluso querías humillar a la señorita Martel porque te parecía que era judía. No tiene sentido que un palestino como tú esté trabajando a las órdenes de un judío. ¡No tiene el menor sentido! Pero quizá tú puedas convencerme de lo contrario. ¿Cuál es la causa?

—Dinero —gruñó Yusuf.

—¿Quieres decir que estás traicionando a los palestinos, que estás trabajando para un judío sólo por dinero?

—Sí. He estado mucho tiempo luchando en mi bando, y sólo he recibido heridas y desengaños... Ya estaba harto de jugarme la vida por nada. De modo que decidí que si seguía jugándome la vida sería por algo que me beneficiase directamente a mí. Hice algunas cosas en ese sentido y De Brest se enteró. Me vino a buscar, en París, y me dijo que si lo que me interesaba era sólo el dinero él podía satisfacerme plenamente. Todo lo que tenía que hacer era facilitarle cualquier información que como palestino fuese consiguiendo.

—¿Y lo hiciste? —Puso cara de asco Jason.

—Sí.

—Te felicito —dijo con sarcasmo el americano—. Bueno, supongo que finalmente salió este asunto del Plan y no pudiste negarte a seguir trabajando secretamente para De Brest.

—Sí.

Jason volvió a poner cara de asco, miró con esta expresión el cigarrillo que estaba fumando y lo dejó caer al suelo. Lo aplastó con un pie.

—Te oí decir que el profesor Moussard era judío.

—Sí.

—Mientes. Si el profesor Moussard fuera judío..., hubiera sido judío, quiero decir, con seguridad se habría puesto en contacto con De Brest para entregarle el Plan, puesto que De Brest es judío.

—Sólo quería humillarla a ella —farfulló Yusuf, mirando un instante a Sonia—. Quería... Bueno...

—Divertirte un rato, ya sé. De modo que no es cierto que el profesor Moussard fuese judío.

—No.

—Tienes un modo de divertirte verdaderamente idiota —masculó el americano—. Pero en fin, eso es cosa tuya.

—Y de otras personas —intervino Sonia—. Parece que todos estén dispuestos a matar para conseguir el Plan. Y no consigo entenderlo. ¿Para qué causar muertes si a fin de cuentas el Plan puede beneficiar tanto a israelitas como a palestinos en ese asunto de Palestina? ¿Qué más da quién presente el Plan, qué importa quién sea el que presente finalmente la solución pacífica a ese conflicto?

Yusuf, que la miraba atónito, compuso de pronto un gesto sardónico, y masculó:

—Usted es idiota.

—¿Yo soy idiota? —Se puso en pie Sonia—, ¿por qué?

—El Plan del profesor Moussard no presenta ninguna solución pacífica.

—¿Cómo que no? —Se acercó Sonia a la cama—. ¡Eso es lo que el profesor le dijo a la CIA! ¿No es cierto, Jason?

—Bueno —frunció el ceño Jason—, así lo entendimos nosotros, desde luego. Y estábamos dispuestos a pagarlo bien.

—¿A pagarlo? ¿Qué quiere decir pagarlo?

—Pagarlo con dinero —gruñó Jason.

—¿Quieres decir que el profesor no ofrecía gentilmente ese Plan, sino que quería dinero por él?

—Desde luego.

—Dios mío... ¡Qué miserable! ¡Yo creía que era un hombre desinteresado!

—Según parece no le conocías lo suficiente —encogió los hombros Jason.

—Y además, si no es un plan que ofrezca una solución pacífica al conflicto..., ¿qué ofrece? ¿Qué contiene ese Plan?

—Ya he dicho que iremos a preguntárselo a De Brest. Con seguridad él lo sabe.

—Quizá no —rechazó Sonia—. Quizá De Brest sepa tanto como vosotros mismos, como la CIA, y como el grupo de Asesino.

—¿Qué quieres decir?

—Estoy pensando que quizá el profesor hizo varias ofertas por su Plan. ¿Por qué sólo a la CIA? Pudo muy bien ofrecerlo también a los israelitas, a los palestinos... ¡Qué sé yo, a mucha gente! Y si todo lo que él quería era dinero, debía tener pensado venderlo al mejor postor.

Jason Allister lanzó una maldición y exclamó:

—¡Lo que justificaría y explicaría sobradamente que hubiera tanta gente enterada de la existencia de ese Plan! Maldito sea, ese profesor era... era... ¡un maldito bicho repugnante! ¡Claro que quería vender el Plan al mejor postor! Pero le salió mal. —Jason sonrió fríamente de pronto—. Le salió muy mal: está caído que algunos de los que habían recibido la oferta pensaron que tal vez pudieran conseguir el Plan gratis, arrebatándoselo a Moussard por las malas. Y fueron a por ello.

—Y el profesor ha pagado su codicia con la vida —musitó Sonia.

—Lo siento por ti —murmuró Jason—. Debe ser muy desagradable enterarse de una cosa así sobre una persona a la que siempre se ha respetado.

Sonia asintió y volvió a sentarse, pensativa. Durante unos segundos reinó el silencio en el dormitorio. Yusuf miraba de Sonia a Jason y viceversa, con expresión anhelante, como preguntándose si aquellas dos personas serían capaces de eliminarle, sin más.

—Pero entonces —insistió de pronto Sonia sobre la idea de antes —, ¿de qué trata el Plan? O Yusuf nos está mintiendo, o el profesor os mintió a vosotros, a la CIA, al deciros que ofrecía una solución pacífica al conflicto...

—¡Yo no estoy mintiendo! —exclamó Yusuf—. ¡Lo juro! ¡Sé que no es nada pacífico, porque De Brest hizo un comentario al respecto!

—Entonces, De Brest tiene que saber qué contiene ese maldito Plan —dijo Sonia—. ¡Oh, Jason, tenemos que saberlo, y tenemos que encontrar el Plan!

—En realidad —reflexionó Jason—, todo se reduce a eso último, querida: encontrar el Plan. De Brest lo está buscando y nosotros también..., y al parecer otras muchas personas que no han tenido tanta suerte en seguirle la pista. Yo creo que, por el momento, lo mejor será olvidarnos de De Brest y dedicarnos exclusivamente a buscar el Plan. Es decir, a esperarlo. Es la última esperanza que

tenemos de conseguirlo: que por la mañana llegue al domicilio de los Lebanier. De modo que iremos allá.

—Pero allá están los amigos de Yusuf.

—Deja eso de mi cuenta. Soy de la CIA, ¿recuerdas?

—¿Qué quieres decir?

—Varias cosas —casi rió Jason—. Por ejemplo, uno de los puntos más importantes de la CIA en toda Europa está en... ¿Adivinas dónde?

—¿En París? ¿Una Station en París? —exclamó Sonia.

—Naturalmente. Supongo. —Jason miró a Yusuf—, que tenéis teléfono aquí.

—Sí... En la sala.

Jason asintió y volvió a mirar a Sonia.

—Nuestro amigo Yusuf no va a poder moverse, pero será mejor que te quedes aquí vigilándole, por si acaso. Si intentara algo, avísame inmediatamente. Yo voy a llamar por teléfono.

* * *

Eran más de las tres de la madrugada, pero Sonia Martel ni siquiera pensaba en dormir. Una hora después de llamar Jason por teléfono habían llegado no menos de ocho hombres que se hicieron cargo de todo. Ocho sujetos altos, de rostros enérgicos y expresión de malas pulgas que registraron la casa, reunieron los cadáveres, tomaron posiciones, sacaron del almacén todas las armas...

Mientras tanto, había llegado un camión, en el que fueron cargadas las armas, y una vez realizado este trabajo uno de los que habían llegado en el camión se acercó a Jason y le preguntó si había algo más para trasladar.

—No —negó Jason—. Llevad las armas al depósito de la Rué de Meaux. Con cuidado. No hay que alarmar a los vecinos. Entrad por el viejo taller de reparaciones.

—Okay. Demonios, esa gente estaba bien surtida, ¿eh?

—Sí. Pero es lógico. He estado charlando con Yusuf mientras os esperaba, y sé bastantes cosas sobre De Brest: al parecer, dirige una extensa organización terrorista que abarca toda Europa. Pero no por ideales políticos, sino por dinero, hasta ahora han estado realizando actos de terrorismo de alto nivel que han sido atribuidos a grupos

políticos, pero que en realidad fueron encargados por personas o grupos de personas cuyos únicos intereses eran económicos..., aunque, claro está, para conseguirlos han tenido que asesinar también a políticos, militares, agentes secretos...

—¡Fuiuuuu...! —Silbó el otro.

—Asco de gente, ¿verdad? —sonrió ceñudamente Jason—. Habrá que hacer algo al respecto.

—Desde luego —sonrió también el otro—. Una gente como ésa debería ser borrada de la faz de la Tierra, ¿no te parece?

—Nos ocuparemos de De Brest a su debido tiempo, así que mientras yo espero el Plan en el domicilio de Lebanier, vosotros interesaos por De Brest y su galería de arte..., en fin, todo. Cuando tengamos los datos necesarios haremos lo más conveniente.

—Eliminarlos, ¿no?

—Ya veremos —refunfuñó Jason, mirando de soslayo a Sonia, que lo escuchaba todo y miraba a todos lados con los ojos muy abiertos—. Maldita sea, ¿no puedes hablar de otra manera?

—¿Qué más da? —Encogió los hombros el otro—. Las cosas son lo que son, se digan cómo se digan.

—Bueno, ocúpate del traslado de las armas. Yo también regreso a París. Supongo que Fields habrá solucionado lo del apartamento de los Lebanier.

Esto último no lo entendió Sonia, al parecer, hasta que, a las cuatro y pico de la madrugada, ella y Jason llegaron de nuevo al apartamento de los Lebanier en París, cuya puerta les fue abierta por el mismo hombre que había contestado segundos antes a la llamada desde la calle utilizando el portero electrónico.

El hombre cerró la puerta en cuanto Jason y Sonia hubieron entrado en el apartamento, y dijo:

—Aquí sólo había tres tipos, Jason.

—¿No estaba *madame* Lebanier? —se sorprendió Jason.

—No. Sólo los tres tipos que nos dijiste. Los hemos dejado en el salón.

En el salón había otros dos hombres en pie y despiertos..., y tres dormidos, tendidos en el suelo, en un rincón. Sonia se acercó, reconoció a Leyten y a los otros dos, y se volvió a mirar a Jason Allister.

—¿Qué les ha ocurrido? ¿Están muertos?

—No. Sólo narcotizados. Mis compañeros echaron gas por debajo de la puerta y por la cerradura.

—¡Gas!

—Claro —sonrió el que los había recibido—. No había que armar escándalo, señorita. Ni correr riesgos inútiles. De modo que echamos gas y cuando entramos los encontramos dormidos como angelitos.

—¿Y dónde está *madame* Lebanier? —preguntó Sonia.

—De eso, ni idea —el otro miró a Jason—. Hemos registrado todo el apartamento, naturalmente, aunque nos parecería absurdo que estos tipos hubieran metido a la mujer en un armario, por ejemplo. Simplemente, estaban ellos solos.

—Pues no creo que ellos dejaran marchar a *madame* Lebanier, de modo que ésta tuvo que marcharse antes de que llegaran. —Jason miró a Sonia—. ¿Te dijo ella algo respecto a que tuviera intención de ir a alguna parte?

—No, en absoluto —negó Sonia.

—¿Había alguien más con ella cuando subiste? ¿Algún criado, algún amigo...?

—No, no. Estaba sola.

Jason Allister apretó los labios un instante.

—Parece como si esa mujer se hubiera asustado. ¿Notaste algo en ese sentido, te pareció observar algo raro en ella, como inquietud, o prisa..., en fin, algo?

—No... Bueno, ahora que recuerdo ella estaba vestida de calle. Cuando la vi pensé que hacía muy poco que había llegado de algún sitio, pero quizá era al revés, quizá pensaba salir.

—¿A las doce de la noche? No sé... ¿seguro que no hizo ningún comentario? Piénsalo bien, Soma.

—Lo recordaría, Jason. No dijo nada sobre salir, seguro.

—Está bien, tendremos que correr el riesgo de quedarnos aquí... ¿Cómo dejasteis la cerradura? —Miró de nuevo a su compañero—. ¿Quedó averiada?

—Claro que no —gruñó el otro—. No somos unos manazas. Todo quedó como si hubiéramos abierto la puerta con la llave.

—Entonces, todo irá bien..., espero. Dejadlo todo en orden, distribuyámonos por el apartamento y descansen mientras podamos. La señora Lebanier tendrá que volver, tarde o temprano.

Y sobre todo, estaremos muy atentos por la mañana a la llegada del cartero. Sonia, tú quédate con el dormitorio de la señora Lebanier, nosotros ya nos arreglaremos como sea.

—No creo poder dormir —dijo Sonia.

Jason Allister la tomó de un brazo y la llevó hacia el dormitorio grande del apartamento. En la puerta, se detuvieron ambos y Jason tomó entre sus manos el rostro de la muchacha.

—Apuesto a que estás pasándolo divertido —sonrió.

—¡Divertido! —exclamó ella, como protestando.

—Bueno, supongo que no estás acostumbrada a estas cosas. Quizá tengas razón, y todo esto no sea divertido para ti.

—No mucho. Pero sí es emocionante... Jason, ¿qué pasará luego, cuando todo termine? Quiero decir, tú y yo... Bueno... Claro que no tenemos por qué seguir viéndonos, pero...

—No seas tonta —susurró Jason; la besó en la boca—. Yo también me he enamorado de ti. ¿Era eso lo que querías oír?

—Sí —sonrió Sonia.

Se colgó de su cuello. Esta vez, el beso fue mucho más largo, y las caricias de Jason a las turgentes formas de Sonia hicieron suspirar a ésta, que finalmente se apartó y murmuró:

—Ahora todavía podré dormir menos.

—Inténtalo —rió él—. Hasta luego, mi amor.

CAPÍTULO VIII

Sonia abrió los ojos, respingó debido al sobresalto, y acto seguido se abrazó al cuello de Jason Allister, que estaba inclinado sobre ella, dándole menudos besitos por el rostro.

—¡Me has asustado! —exclamó Sonia.

—Lo siento. Bueno, te quedaste dormida, después de todo.

—Eso parece —rió Sonia—. ¿Qué hora es?

—Las once y cuarto de la mañana..., y el cartero ya ha pasado.

Jason se había erguido y Sonia se sentó vivamente en la cama, de modo que la sábana con la que se había cubierto resbaló, dejando al descubierto su cuerpo totalmente desnudo.

—¿Ha traído el Plan? —Casi gritó.

—No.

Se quedaron mirándose. El gesto de Jason era ahora hosco, malhumorado. Ni siquiera la belleza de Sonia parecía consolarle del nuevo fracaso. Ella parpadeó, por fin.

—Eso no puede ser... ¡Ya tendría que haber llegado!

—Si Moussard lo envió aquí, sí.

—¡Claro que lo envió aquí! El cartero me dijo...

—Sonia, simplemente el Plan no ha llegado, de modo que hemos de pensar que el profesor Moussard era más listo de lo que nos convenía.

—Quizá por la tarde...

—No. Ya no vamos a esperar más. Ese Plan no va a llegar nunca aquí, hay que aceptarlo. Sea como sea, el profesor Moussard nos la jugó bien..., o el cartero te mintió.

—Claro que no, ¡pobre hombre! Estoy segura de que él dijo la verdad... ¿Qué miras, de ese modo, qué... qué estás pensando?

Jason Allister no contestó, de momento. Estaba pensando que si

el cartero había dicho la verdad, quizá Sonia no la había dicho. Pero en seguida comprendió que ella no había mentido. Si los hombres de Yusuf y De Brest habían ido también al domicilio de Lebanier era que el cartero había mencionado ese nombre tanto a Leyten como a Sonia. Así que ésta no había mentido. ¿El cartero, entonces?

—Estaba pensando —mintió— que Moussard sabía bien lo que hacía, eso es todo. Como sea, estamos perdiendo el tiempo aquí, así que vámonos. Los demás ya se han ido. ¿Te ayudo a vestirme? —sonrió de pronto.

—Me parece —rió Sonia— que si tenemos que marcharnos de aquí será mejor que no te acerques a mí.

Salíó de la cama riendo y se vistió rápidamente... pese a las interrupciones de Jason, que con el pretexto de insistir en ayudarla le fue dando besitos en la nuca, el pecho, los hombros... Sin embargo, los dos se mantuvieron firmes en su decisión y poco después salían del dormitorio. Todo estaba en orden y en silencio en el apartamento.

—De modo que la señora Lebanier todavía no ha regresado —murmuró Sonia—. ¿Y los tres prisioneros?

—Están en un lugar adecuado. En cuanto a *madame* Lebanier, se me ha ocurrido que quizá haya encontrado muy pronto consuelo a la ausencia de su marido. ¿Te parece que puede estar con un amante?

Sonia se quedó mirándole estupefacta, y por fin movió la cabeza.

—Adele tiene más de cincuenta años, querido —murmuró—, pero supongo que a esa edad la vida puede... continuar.

—Supongo que sí —admitió Jason.

Dos minutos más tarde salían del edificio, y pocos segundos después entraban en el coche. Jason condujo alejándose del Boulevard Pasteur. La mañana era soleada, pero como a desgana, lo que no impedía que el calor fuese considerable.

—No todos los franceses hacen las vacaciones en agosto —dijo Sonia—. En julio también se van, se nota en el tráfico.

—Sí —murmuró Jason.

Ella le miró directamente.

—Estás muy preocupado, ¿verdad?

—En efecto. Es toda una madriguera.

—¿El qué?

—La galería de arte Toulouse. Mis compañeros han estado haciendo averiguaciones sobre ella: es toda una madriguera. La sala de arte propiamente dicha no presenta graves problemas. Es un lugar agradable y digamos normal. Sin embargo, hemos sabido que por la parte de atrás se comunica con otro edificio al que se entra normalmente por la Rué Sainte Anne. O sea, que los dos edificios están comunicados por el interior de la manzana. Sabemos lo que hay en el edificio donde está la galería de arte, o sea, simplemente la galería de arte. Pero no sabemos qué hay en el otro edificio.

—¿Qué puede haber?

—El cuartel general de la organización de De Brest. Eso significa muchos hombres bien preparados, armas, toda una serie de recursos que desconocemos, incluidos, posiblemente, algunos trucos de fuga.

—Por lo que dices, parece que habéis pensado en atacar a De Brest en su propia madriguera.

—Sí.

—Eso puede ser muy peligroso... para el público que visite la galería, ¿no?

—Ese punto está resuelto. La galería cierra de una a cuatro de la tarde, de modo que durante tres horas no habrá público en ella.

—Es mucha consideración por vuestra parte haber pensado en eso. Bueno, ¿y por qué no utilizáis el mismo gas que anoche en el apartamento de los Lebanier?

—Imposible, en ese lugar. Para estar seguros de que el gas se expandía por toda la madriguera tendríamos que utilizar tanto que quedaría dormida la mitad de la población de París... No podemos hacer eso. Una cosa es un apartamento y otra cosa es toda una manzana... ¡Cualquiera sabe qué laberinto tiene dispuesto ahí dentro De Brest!

—Entonces, en lugar de entrar vosotros haced que salga él.

—Ya hemos pensado en eso. Sólo tendríamos que esperar a que cerrase la galería y se dirigiese a su domicilio. Cualquiera de nosotros, desde un coche o una ventana, podría matarle, tenemos tiradores de élite.

—Pero eso sería demasiado espectacular, ¿no? ¿Por qué no le esperáis en su domicilio?

—Porque entonces sólo lo cazaríamos a él.

—¿A quién más queréis cazar?

—A todos. Queremos eliminar completamente la organización de De Brest. Sabemos ahora que es la que durante mucho tiempo ha estado incordiando en toda Europa en muchos sentidos. Son todos unos asesinos, Sonia.

—Y vosotros queréis matarlos.

—Bueno... Nos gustaría encontrar otro sistema para retirar de la circulación a esa banda de criminales internacionales, pero no es nada fácil. Lo ideal sería poder capturarlos a todos, pero no son unos raterillos, ¿sabes? En cuanto esa gente comprendiera que se le echaba encima la CIA, o aunque creyesen que éramos los del contraespionaje francés, o cualquier otro organismo parecido, armarían un alboroto que no te puedes imaginar. No son de los que se dejan atrapar vivos.

—Todo sería más fácil si estuvieran en la casa de campo donde dejamos a Yusuf, ¿verdad?

—Claro. Si estuvieran allí no habría peligro para nadie por fuerte que fuese nuestro ataque. Pero el hecho cierto es que están en la galería de arte, no en la casa de campo.

—Esa casa de campo debe ser su segunda madriguera, o algo así, ¿no?

—Sí, claro. Y una buena madriguera, porque saben que allá tienen toda clase de armas.

—¿Crees que se han enterado de que Yusuf está en apuros?

—De ninguna manera. Pero no tardarán en enterarse. En cualquier momento De Brest puede llamar a Yusuf para preguntarle cualquier cosa o darle algunas instrucciones. Claro que mis compañeros obligarían a Yusuf a seguir la conversación, pero cabe suponer que un criminal de la talla de De Brest no es ningún tonto... Estoy seguro de que se daría cuenta de que algo estaba ocurriendo en la casa de campo.

—Lástima, porque si no todos irían allá en cuanto consiguieran escapar de la madriguera de París.

—No es nuestra intención que escape ninguno —gruñó Jason.

—Pero si escapasen irían allá, ¿no?

—Casi seguro que sí, si no tuvieran a De Brest para pensar. Sin él, los demás...

Jason Allister no dijo nada más. Frunció el ceño, movió la

cabeza como desechando una idea, volvió a fruncir el ceño... Los pensamientos se sucedían vertiginosamente en su mente. ¿Y si la organización no tuviera a De Brest al frente? ¿Qué harían las piezas en cuanto se vieran en peligro en su madriguera? Pues, seguramente, saldrían a todo correr, de ella... y buscarían otra madriguera mejor. La casa de campo.

La casa de campo. Si los reunían a todos allí podrían cazarlos como a conejos. Y no sólo eso, sino que al quedar vacía la madriguera de la galería de arte, podrían entrar tranquilamente en ella, ocuparla, tomar posesión de todo, enterarse de todo... Sería una «herencia» formidable, ¡la de cosas que sabrían si conseguían apoderarse de la madriguera de Serge de Brest!

Jason Allister miró a Sonia con ojos relucientes.

—Me alegro mucho de haberte conocido —dijo.

—¿A qué viene eso ahora? —rió Sonia, desconcertada.

—Tienes la propiedad maravillosa de proporcionarme ideas, querida. Los vamos a cazar a todos... ¡a todos! Y vamos a empezar por la pieza más importante... Al contrario que en las películas, en las que el jefe de los villanos muere en último lugar, aquí será el primero en caer.

—¿Vais a matar a De Brest?

Por un instante, los labios de Jason se cerraron en una dura línea hostil.

—Lo haría con mucho gusto personalmente si supiera dónde demonios está el Plan de tu maldito profesor, pero, tal como están las cosas, De Brest es mi última oportunidad en este rastreo en busca del Plan, así que no puedo matarlo..., por el momento. Pero sí podemos cazarlo a él solo.

—Entonces cundirá la alarma entre sus amigos.

—Exacto —sonrió Jason Allister—. ¿Y qué harán sus amigos en cuanto se den cuenta de que están en peligro? Te diré lo que harán: saldrán disparados hacia la casa de campo. Y cuando estén allá se encontrarán sin la protección de la madriguera grande, sin armas, rodeados por todas partes... ¡Los vamos a cazar a todos! Y el primero, Serge de Brest.

A las siete y cuarto de la tarde Serge de Brest abandonó la galería de arte Toulouse con toda normalidad, y se encaminó pausadamente hacia donde había estacionado su coche.

—¡Qué alto es! —exclamó Sonia.

Junto a ella al volante del coche dentro del cual estaban esperando la salida de De Brest, Jason Allister asintió. En efecto, De Brest debía medir no menos de metro ochenta y cinco, era grueso, rubio, rebosante de vitalidad, elegante. Y muy seguro de sí mismo.

—Le dejaremos llegar a su domicilio —murmuró Jason—. No quiero complicaciones en la calle, siempre puede salir lastimada alguna persona inocente.

—¿Le habrán visto también tus compañeros?

—Naturalmente. No tiene escapatoria...

En cierto modo, Jason Allister se equivocó. De un modo u otro, Serge de Brest se le escapó de las manos... O mejor dicho, se lo arrebataron de las manos: un automóvil oscuro dobló de pronto la esquina, y rodó lentamente como acudiendo al encuentro de De Brest. Éste, que caminaba por la acera, miró como casualmente el coche recién aparecido. Y Jason, que miraba a De Brest, vio en su rostro el súbito sobresalto.

Justo en aquel instante brotaron las ráfagas de las dos metralletas desde el interior del coche recién aparecido. Serge de Brest recibió de lleno las dos andanadas de balas, y pareció que su cuerpo se convirtiese en un manchurrón de sangre que reventara espectacularmente. Mientras a su alrededor todo eran salpicaduras de sangre, De Brest saltaba hacia atrás, con tal fuerza que fue a chocar de espaldas contra la fachada del edificio frente al cual se hallaba. Allí, convertido en un sangriento monigote, rebotó y cayó de bruces..., mientras el coche asesino se lanzaba a toda velocidad Rué de Richelieu abajo, en dirección al Sena.

Tras un instante de horrorizada estupefacción, Sonia emitió un gemido y ocultó el rostro con las manos. Jason Allister, lívido, puso en marcha el coche y salió en pos del otro. Sacó la radio de su bolsillo interior, que estaba sonando.

—¡Jason! —Sonó el aullido—. ¡Supongo que has visto...!

—Quedaos aquí, Scranton —dijo serenamente Jason—. Yo me encargo de seguir el coche. No intervengáis, esperad a que os llame en cuanto me sea posible.

Guardó la radio y dedicó toda su atención al coche asesino. No comprendía nada. ¿Quién había eliminado tan expeditivamente a Serge de Brest? Muy bien, quizá llegase a saberlo si no perdía de vista al otro coche... Éste llegó a Rué de Rivoli, giró a la derecha y continuó derecho hacia la Place de la Concorde, pasando por un lado de los Jardines de las Tullerías. Llegaron a la Place de la Concorde y desde ella enfilaron por la Avenue des Champs Elysées.

En pocos minutos llegaron a la Place Charles de Gaulle, más mundialmente conocida como Place de l'Etoile.

Rodando circularmente por esta plaza, la abandonaron para enfilear la Avenue Kléber, por la que siguieron durante medio minuto escasamente. El coche se detuvo, se apeó un hombre que quedó en la acera, y luego el vehículo reanudó la marcha en dirección a Place du Trocadéro...

Jason detuvo su coche y se quedó mirando al hombre que se había apeado. A su vez, éste miró en dirección al coche de Jason, que masculló una maldición. Los habían visto, naturalmente. Pero quizá todavía pudiera arreglar el asunto.

—Sal del coche. Sonia. Tranquilamente y sonriendo.

—Oh, Dios mío...

Jason se apeó, tranquilo, gesto festivo. Sonia salió por su lado, y él la tomó del brazo cuando llegó junto a ella, quedando de espaldas al sujeto que se había apeado del coche asesino.

—¿Nos está mirando? —preguntó.

—Sí... Sí.

Jason la llevó hacia el portal del edificio frente al cual se habían detenido en doble fila. Se detuvo allí y mostró ostensiblemente su reloj de pulsera.

—Ese hombre tiene que creer que nos estamos despidiendo, pero quedando citados para determinada hora. Tú vas a entrar en este edificio, vas a esperar un par de minutos y luego sales y caminas avenida abajo. Dobla la primera esquina y verás el coche allí, abierto. Métete en él y espérame, pero si ves que algún hombre se acerca a ti huye a toda velocidad. ¿Lo has entendido?

—Sí, sí, pero...

Jason la besó en los labios, hizo un gesto de despedida y volvió al coche. Segundos más tarde pasaba frente al sujeto, sin mirarlo,

pero sabiéndose mirado por el. Dobló a la derecha en la primera esquina, detuvo el coche, se apeó y regresó corriendo hacia la esquina..., justo a tiempo de ver al hombre entrar en el pequeño jardín de una también pequeña pero hermosa mansión.

Un par de minutos más tarde vio salir a la calle a Sonia. Poco después la muchacha le vio al doblar la esquina y abrió mucho los ojos. Jason sonrió ceñudamente y señaló el coche. Ella se metió dentro, sin más.

Muy cerca de él al otro, lado de la Avenue Kléber, Jason vio la cabina telefónica. Se encaminó hacia ella, mirando de reojo hacia la pequeña mansión. Una vez dentro de la cabina, sacó la radio de bolsillo.

—Scranton —llamó.

—Sí, Jason. ¿Qué hay? ¿Has tenido suerte?

—Creo que sí. ¿Cómo están las cosas por ahí?

—Ha venido la policía, naturalmente, y hay muchos curiosos. La ambulancia debe estar al llegar.

—¿Qué hace la policía?

—Está interrogando a la gente.

—Bueno, no deben saber de dónde había salido De Brest. Arréglatelas para decírselo a uno de los gendarmes. Se trata de que la policía entre en la galería de arte, ¿comprendes? Comenzarán sus pesquisas a partir de ahí, y todas las piezas que hay en la madriguera se asustarán.

—¡Y se irán a toda prisa hacia la casa de campo!

—Exactamente. Te volveré a llamar.

Cortó la comunicación, guardó la radio y descolgó el auricular del teléfono. Metió unas monedas y efectuó la llamada. Sonreía cuando oyó la voz de hombre contestando a los pocos segundos.

—¿Deveraux? Hola, soy Allister.

—¡...!

—Exacto —casi rió Jason—: el espía americano. Ésta es una llamada entre colegas. Quiero hacer un trato con usted, como representante que es del SDECE.

—¿...?

—Sí, exacto, un trato entre espías. ¿Le gustaría a usted cazar una de las más grandes organizaciones terroristas de Europa? ¿Sí? Entonces, a medias, como buenos colegas. Yo pongo la información

y un par de hombres-guía hacía una madriguera. A cambio, quiero una fotocopia de todo cuanto se encuentre en otra madriguera que han tenido ustedes en París durante mucho tiempo. Y puedo poner a su disposición una gran cantidad de armas, prisioneros... Bueno, ¡el triunfo de su vida, Deveraux!

—...

—Okay, trato hecho. ¿Conoce usted a mi compañero Scranton?

—...

—Magnífico. Dentro de media hora vaya a reunirse con él en la puerta principal de la Biblioteca Nacional... Sí, hombre, claro, en la Rué de Richelieu. Scranton le pondrá al corriente de todo y le acompañará a cierta casa de campo. Ah, Deveraux: será mejor que prepare usted veinte o treinta hombres, cuantos más mejor. La caza va a ser numerosa. ¿De acuerdo? Pues ya nos veremos.

Colgó el auricular y llamó de nuevo a Scranton.

—¿Sí, Jason?

—Dentro de media hora, Deveraux, del SDECE, va a reunirse contigo en la puerta principal de la Biblioteca Nacional. He hecho un trato con él: pondrán los hombres para cazar a los conejos en la madriguera de la casa de campo. Llévalo allá. Llévate a uno de los muchachos. Los demás que se queden en París por si yo los necesito. Diles que estén atentos a mi llamada... Que se quede Cecil al mando. ¿Okay?

—Okay... ¡Demonios, qué buena jugada!

CAPÍTULO IX

Jason Allister esperó en la cabina telefónica y, como había supuesto, el sujeto salió al poco de la pequeña mansión. Lo vio mirar a todos lados..., menos hacia la cabina telefónica, dentro de la cual el americano sonrió secamente. Pasó un taxi y el hombre alzó una mano llamándolo. Cuando se alejaba, Jason murmuró:

—Eres una pieza pequeña, pero de todos modos caerás.

Salió de la cabina, cruzó la avenida, y poco después llamaba a la puerta de la mansión. Un tipo alto, flaco, estirado, le miró con displicencia casi ofensiva.

—¿Se ha marchado ya mi compañero? —preguntó Jason—. Vino a traer un recado.

—Ya sé. Sí, acaba de marcharse.

—Bueno, olvidamos una cosa... ¿Con quién ha hablado él?

—Con la señora, naturalmente.

—Dígale que tengo que decirle algo ahora mismo.

—¿De parte de quién, señor? —preguntó el criado.

—De tu abuela —masculló Jason, expresándose en todo momento en correcto francés.

El hombre alzó orgullosamente la barbilla, y tras cerrar la puerta, se dirigió hacia una doble, por la que desapareció. A los pocos segundos reapareció, y movió la cabeza. Jason se acercó y entró en el salón.

La mujer estaba sentada en un sillón, mirándole especulativamente. Debía tener unos cuarenta años y quizá era algo jamona, pero indiscutiblemente hermosa. Rubia, de ojos azules, boca llena... Su cuerpo resultaba apetecible en verdad. Llevaba un vestido de noche, y Jason comprendió que aquella noche había pensado salir.

—¿Qué es lo que Ives ha olvidado decirme? —preguntó la mujer, fríamente.

Jason se volvió hacia el criado, que, muy estirado, esperaba como dispuesto a sacarle de allí en cuanto hubiera dado el recado. Sin inmutarse, el americano disparó un espantoso rechazo en corto al estómago del hombre, que perdió en el acto su compostura, emitiendo un tremolante quejido y quedando colgado del puño de Jason Allister, demudado el rostro, sin sentido. Jason lo dejó caer al suelo, cerró la doble puerta y sonrió a la mujer.

—¿Con quién tengo el gusto de hablar, *madame*? —preguntó finamente.

—¿Quién es usted? —susurró ella, pálida.

—Un chico malo de la CIA que está buscando el Plan... ¿Le dice eso algo?

—No... Claro que no.

Jason estuvo unos segundos mirándola. Luego, fue a sentarse calmosamente frente a ella en un sillón y encendió un cigarrillo.

—*Madame* —dijo expeliendo el humo—, como buen americano que soy voy a ir directamente al grano. Hace unos minutos, el sujeto llamado Ives ha estado aquí para informarla de que Serge de Brest ha dejado de existir. El y otros tipos le han matado desde un coche. Y usted es quien ha ordenado ese asesinato. ¿Por qué?

—Usted está loco.

—Le aseguro que tío. Es más, he reconocido al tal Ives... Sabía que lo había visto en alguna otra parte, pero no recordaba dónde. Y acabo de recordarlo: lo conocí en Jean-les-Pins. Iba en un coche con otros dos sujetos más, y debió ser él, o entre los tres, que mataron a Niklos, el enviado de Serge de Brest que a su vez le había cortado el cuello al profesor Moussard. Luego me vieron llegar a mí, y decidieron ver qué hacía. Y lo mismo pasó cuando llegó una ex discípula de Moussard. Cuando salimos los dos quisieron seguirnos, pero yo los dejé pegados de narices a un pino. ¿Correcto, *madame*? ¿Se lo explicaron así?

—No tengo la menor idea de...

—Más cosas. El profesor Moussard estaba dispuesto a obtener un buen beneficio de su Plan, así que lo ofreció a varias personas. También a la CIA. Y para escuchar ofertas, citó a esas personas, pero... en diferentes momentos. A mí me tocaba visitarle aquella

tarde. Sin embargo, con lo que no contó el profesor Moussard fue con que las otras personas podían impacientarse, o bien, decidir conseguir el Plan cuanto antes sin pagar nada por él. Eso es lo que ocurrió con De Brest y con usted. Ambos enviaron personal allá, y pasó lo que ya sabemos todos. En estos momentos, Moussard está muerto, De Brest está muerto, quedamos solamente usted y yo..., y el Plan sigue sin aparecer por parte alguna. En cuanto a usted, con vistas a no tener competencia cuando aparezca el Plan, ha optado, finalmente, por quitar de en medio a De Brest. Repetiré la pregunta, *madame*: ¿quién es usted? ¿Está a las órdenes de alguien..., o es usted la directora de otra organización terrorista como la de Serge de Brest?

Durante un minuto largo, la mujer no dijo nada. Miraba fijamente a Jason, eso era todo. De pronto, suspiró.

—Está bien —murmuró—. ¿Cuánto quiere usted por incorporarse a mi grupo, señor... señor...?

—Allister. Jason Allister. ¿Cuánto quiero? Veamos: ¿significa eso que he acertado, *madame*?

—Tal como están las cosas, y con tanto como sabe usted, sería absurdo negarlo, señor Allister. Mire, De Brest ha muerto, así que solamente queda mi organización como la más importante de Europa. Tengo clientes en todas las esferas, podemos ganar muchísimo dinero prestando... servicios diversos. ¿Cuánto gana usted en la CIA?

—Poco. Muy poco, *madame*.

—Lo suponía. Yo puedo pagarle... ¿Qué le parece doscientos cincuenta mil dólares al año? Naturalmente, seguiría usted en la CIA, pero trabajando secretamente para mí, facilitándome informaciones, realizando pequeños trabajos de gran delicadeza...

—¿Asesinatos personales, tal vez?

—Por ejemplo. No me parece usted un hombre de los que ponen bombas en aeropuertos o estaciones de tren, señor Allister. Sin embargo, debe estar bien entrenado para matar, ¿no es cierto? Cuando hubiera alguna pieza difícil de cazar recurriría a usted... Ya me entiende. Los trabajos verdaderamente sucios los seguirían haciendo mis hombres actuales, se lo garantizo.

—No sé si me conviene estar a las órdenes de un grupo dirigido por una mujer —titubeó Allister—. ¿O es usted un mando

intermedio?

—Claro que no —alzó la barbilla ella—. En mi organización yo soy quien toma todas las decisiones y acepta o rechaza todos los trabajos.

Jason Allister asintió lentamente, fija su mirada en la mujer.

—Una vez, *madame*, de niño, seguí a una mofeta hasta su madriguera. Debo admitir que yo era un niño travieso, verdaderamente molesto. Quizá tenía demasiada vitalidad. Como sea, estuve incordiando a la mofeta en su madriguera. No tenía derecho a hacerlo, claro está, así que me estuvo muy bien empleado.

—¿El qué?

—La andanada de gases que me tiró la mofeta. Olía tan mal que creí que iba a morirme... Sin embargo, recordando ahora el pedo de aquella mofeta me parece perfume de rosas comparado con la pestilencia que desprende usted. Bien, salgamos de aquí. Tengo unos amigos en el contraespionaje francés que estarán encantados de conversar con usted. Hice un trato con ellos, ¿sabe? Todo a medias. Incluida usted. En pie..., *madame*.

La mujer estaba pálida como un cadáver. Se puso lentamente en pie y miró hacia un sillón, donde había un bolso de noche y un chal.

—¿Puedo recoger mi chal? —susurró.

La mirada de Jason se desplazó lentamente hacia el sillón y vio el bolso y el chal. Sonriendo secamente, se puso en pie, y fue hacia allá. Tomó el bolsito, lo abrió y buscó en vano alguna pequeña arma. Entregó el bolso a *madame*, que estaba junto a él, y tomó el chal..., que tampoco contenía truco alguno. Bueno, ¿por qué siempre aquella desconfianza?

—Permítame, *madame* —se ofreció a colocarle el chal sobre los hombros, un tanto socarrón.

Ella se volvió de espaldas y Jason se colocó tras ella, de espaldas a la puerta, obligado por el gesto de ella... Y fue en ese mismo instante cuando comprendió la verdadera trampa: no era ella quien disponía de armas, sino él, que había estado esperando la ocasión que ella había acabado por brindarle...

Soltando el chal, Jason Allister se dejó caer de rodillas detrás de *madame*, mientras metía la mano derecha bajo la chaqueta en busca

de la pistola... El chasquido del disparo sonó tras él y, simultáneamente, el alarido de la mujer, que salió disparada hacia el fondo del salón, con un pequeño volcán de sangre en la hermosa espalda desnuda.

El grito de rabia ante la puerta del salón sonó al mismo tiempo que el segundo disparo silencioso. Pero, ya pistola en mano, Jason se había lanzado hacia su izquierda, girando y buscando con su arma la posición del criado. Lo vio tendido en el suelo, desencajadas las facciones por el odio...

El trallazo de la pistola de Jason Allister sonó seco y fuerte. El criado recibió la bala en la frente, saltó con fuerza, rodó por el suelo y quedó inmóvil..., pese a lo cual Jason no se quedó dónde estaba, sino que se desplazó rápidamente hacia el sofá, junto al cual quedó arrodillado, apuntando su arma hacia la puerta.

Ésta se abrió de pronto y entró el sujeto llamado Ives, que apuntó su pistola provista de silenciador hacia donde había sonado el disparo de Jason. Al no verlo allí respingó, y respingó de nuevo al verlo junto al sofá. Intentó desviar el arma, pero Jason apretó de nuevo el gatillo y el hombre lanzó un alarido, soltó la pistola y salió fuertemente impulsado de espaldas hacía, el vestíbulo.

Ahora sí, Jason se serenó completamente. Pasando junto al cadáver del criado, salió al vestíbulo, donde el hombre llamado Ives, tendido de espaldas, alzó la cabeza, le miró un instante, y de pronto su cabeza cayó hacia atrás, mientras un chorro de sangre brotaba de su boca.

—Sabía que caerías —dijo Jason—. Si yo te reconocí a ti, tú tuviste que reconocerme a mí..., y preparaste esta trampa con el criado bien armado mientras tú volvías a cazarme contando con que ellos me entretendrían. Pero ya ves: has sido muy lento... en todo.

Hacia el fondo del salón, *madame* emitió un gemido. Jason fue rápidamente junto a ella, y se quedó mirando el boquete en la espalda, en el lado derecho. Ella tenía la mejilla izquierda apoyada en el suelo, y su ojo derecho buscaba fatigosamente al espía americano.

—El juego terminó, *madame* —murmuró Jason—. Pero no para usted, que sobrevivirá a la herida si aviso inmediatamente una ambulancia. Claro que puedo marcharme de aquí sin hacerlo... ¿Prefiere morir o vivir, *madame*?

—Quiero... quiero vivir... ¡Quiero vivir!

—Me complace su decisión, porque así nos dirá todo lo que queremos saber sobre su organización. Y después de eso dudo mucho que le guste cómo tendrá que vivir durante muchos años. Pero, en fin, voy a llamar a esa ambulancia, ¿me permite, *madame*?

* * *

Hacia las siete de la mañana, Jason Allister entró en el pequeño apartamento donde la noche anterior había instalado a Sonia mientras él atendía los trámites finales de la aniquilación de dos organizaciones terroristas. Todo estaba en marcha en su acuerdo con Deveraux, del SDECE, que efectivamente, había hecho una redada magnífica en la casa de campo y atendería las confesiones de *madame* en cuanto ésta pudiera hablar. Para negociar con Deveraux se quedaba Scranton en París, que sería quien recibiría las felicitaciones y haría el resto del importante trabajo.

Y mientras tanto, él, en el fondo, se sentía fracasado. Porque... ¿dónde estaba el maldito Plan del profesor Moussard?

—¿Jason? —Oyó la voz de Sonia.

Entró en el dormitorio. Ella estaba en la cama, completamente desnuda. Hacía calor en París. Al verlo, se sentó en el lecho.

—¿Todo ha ido bien? —preguntó.

—No. Bueno, sí, pero falta lo que todos queríamos: ese maldito Plan de tu maldito profesor, que era una pieza de cuidado. Sólo quería dinero, el muy... Maldita sea, me alegro de que se lo cargaran... ¡El también fue una pieza en la madriguera! Bueno, vístete, tenemos que volver a Niza, para informar de todo a Smith y que regrese a París. Ya no tiene objeto la Station en Niza.

—¿Vamos a recoger el Plan ahora?

El la miró iracundo.

—¿Cómo demonios vamos a ir a por el Plan si no tenemos la menor idea de dónde puede estar?

—Pero sí que lo sabemos, Jason... ¡precisamente, al volver a la Costa Azul creí que lo hacías para recogerlo...!

ESTE ES EL FINAL

Smith no podía creerlo. Estaba en la salita de la quinta, con Sonia y Jason, el cual le había entregado el sobre, ya abierto, que contenía el Plan.

—¿Lo has leído? —preguntó Smith.

—En parte, mientras Sonia conducía el coche hacia aquí desde Jean-les-Pins. Es la canallada más grande que puedas imaginarte. No es nada beneficioso para nadie, sino todo lo contrario: el fascinante profesor Moussard había ideado un plan de exterminio total.

—¿De exterminio de quién?

—De los antagonistas de quien tuviera el Plan. Es válido para los israelitas y es válido para los palestinos, cualquiera de las partes puede utilizarlo. Y quien lo haga eliminará al otro completamente. Es el plan más criminal y brutal de que tengo noticia, te lo juro. La masacre de uno de los bandos sería espantosa, y naturalmente, el otro bando, el que tuviera el Plan, quedaría definitivamente vencedor: ya no habría más cuestiones entre palestinos e israelitas. No podría haberlas, porque uno de los bandos habría quedado sencillamente exterminado.

—Lo que no entiendo es por qué Moussard nos sugirió que era beneficioso para la humanidad.

—Para interesarnos por la compra —gruñó Jason—. El sabía que cuando supiésemos la verdad sentiríamos repugnancia, pero ya estaríamos en negociaciones..., y siempre hay alguien que es capaz de aceptar un Plan como éste.

—En definitiva —murmuró Smith—, si este Plan cae en manos de algún loco o un malvado, sería una catástrofe.

—Absoluta. Ese Moussard era una mala bestia... No sé qué debió

pasarle, quizá su parálisis le hizo coger odio contra el mundo, yo qué sé. No tenía mucho dinero, se vio inválido... Bueno, tal vez se volvió loco de rabia. ¡Al demonio con él! Le cazaron en su madriguera, y te juro que me alegro.

—La pregunta es: ¿entregamos el Plan en la Central de la CIA en Langley? —deslizó Smith.

—¿Puedo fumar? —preguntó Sonia Martel.

—Naturalmente —la miró sorprendido Smith.

La muchacha encendió un cigarrillo. Luego, tomando el sobre de las manos de Smith, le prendió fuego en una esquina. Smith pareció no darse cuenta de nada.

—¿Cómo lo conseguisteis, por fin? —preguntó.

—Ella lo encontró —dijo Jason—. Tenía que haberseme ocurrido a mí, pero lo cierto es que se le ocurrió a ella.

—Si, pero a ti se te habría ocurrido antes si no hubieras estado tan ocupado —dijo Sonia—. Lo que pasa es que yo tuve toda la noche para pensar. Tú también habrías llegado tarde o temprano a la misma conclusión.

—¿Qué conclusión? —Se impacientó Smith.

—Sonia pensó que el cartero, un pobre hombre, no tenía por qué mentir, así que, en efecto, Moussard había enviado el Plan a su amigo Jacques Lebanier..., a pesar de saber que éste había fallecido. Pero no era por esto que el Plan no podía llegar nunca a manos de Lebanier, sino porque Moussard puso en el sobre unas señas que no eran las de Lebanier. Así que la carta llegó a París, pero no fue llevada al domicilio de Lebanier, sino a una dirección donde nadie conocía a ningún Lebanier. Así que la carta fue devuelta a su remitente, es decir, a Moussard, tal como éste esperaba..., del mismo modo que esperaba salir con vida de su encuentro con el griego Niklos, nuestro Degollador. No tuvo suerte, el maldito Moussard. Oye, Smith, yo me quedo unos días con Sonia aquí, en la quinta. Es por si al marcharos vosotros os olvidáis alguna cosa, ¿comprendes? Digamos que estaremos un par de semanas revisando toda la quinta.

—Ya, ya, la quinta —sonrió Smith—. Querrás decir las camas de la quinta.

—Es que a lo mejor más adelante hasta decidimos casarnos, ¿sabes?

—Eso es cosa vuestra —gruñó Smith—. Bien, voy a preparar la marcha de todo el equipo... ¿Dónde demonios he puesto yo el Plan de Moussard?

—¡Dios mío! —exclamó Sonia—. ¡Lo he quemado sin darme cuenta al encender el cigarrillo! Fijaros, ha quedado convertido en cenizas...

Smith frunció el ceño, se dirigió hacia la puerta, y desde allí, dijo:

—No olvidéis limpiar también esas cenizas..., si es que os queda tiempo.

En cuanto la puerta se cerró, Jason abrazó a Sonia.

—Jovencita —dijo—, te amo. Y no podrás escapar de mí por más tiempo: ¡te tengo acorralada en la madriguera!

FIN



Lou Carrigan es el seudónimo de Antonio Miguel de los Ángeles Custodios Vera Ramírez.

Nacido en Barcelona en 1934, finalizó en 1953 sus estudios de Peritaje Mercantil, ingresando acto seguido en la banca. En 1958 comenzó a escribir novelas de aventuras, sacrificando el tiempo y los días libres que le dejaba su empleo. El primer western, titulado *Un hombre busca a otro hombre*, apareció en marzo de 1959; a final de 1959 había escrito 6 novelas del Oeste.

Tras el éxito de sus primeras ediciones, en 1962 abandonó su trabajo en el Banesto para dedicarse en cuerpo y alma a la redacción de novelas de género: aventuras, western, artes marciales, terror... pronto se convirtió en uno de los adalides de aquella generación de autores de «bolsilibros» que teñían sus raíces con barniz anglosajón, aplicado al nombre principalmente: Silver Kane (Francisco González Ledesma), Curtis Garland (Juan Gallardo Muñoz), Joseph Berna (José Luis Bernabeu López)...

Especialmente, la vertiente policíaca y de espionaje han sido las que han conferido a Lou Carrigan mayor reputación entre sus miles de fans, permitiéndole trabajar para editoriales punteras en aquellos días como Rollán, Bruguera, Petronio, Producciones Editoriales,

etcétera.

También ha producido medio millar de títulos protagonizados por un mismo personaje, la letal espía *Baby*, éxito de masas en la América hispana y sobre todo en tierras brasileñas.

En 2004 el propio autor cifraba en más de 1100 los libros realizados, algunos reeditados hasta cinco veces, y con numerosas ediciones pirata.

Ha utilizado otros seudónimos como Angelo Antonioni, Crowley Farber, Mortimer Cody, Lou Flanagan, Anthony Hamilton, Sol Harrison, Anthony Michaels, Anthony W. Rawer, Ángela Windsor y Giselle...